

28033

REVISTA GENERAL

AÑO I NÚM. I



I DICIEMBRE 1917

Publicación quincenal

SUMARIO

LITERATURA:

A. Palacio Valdés. Confidencia.
E. Díez-Cáñedo. Divagaciones teatrales.
Leser. Los clásicos: Virgilio.
Virgilio. Fragmentos de *La Eneida*, y de las
Geórgicas.

ARTE:

Ricardo de Orueta. La escultura castellana al
comenzar el siglo XVI.

HISTORIA:

Cristóbal de Reyna. La muerte de Douglas
(Episodio del reinado Alfonso XI.)

FILOSOFÍA:

Manuel G. Morente. La filosofía como virtud.

CIENCIAS:

Dr. Gonzalo R. Lafora. La perversión pato-
lógica del sentido moral durante la pubertad.
C. de Sevilla. El análisis espectral.

NOVELA:

Gaston Leroux. La esposa del Sol.

VARIOS:

Índice de la actualidad.—Curiosidades.—Libros.

45175

ADMINISTRACIÓN

CASA EDITORIAL CALLEJA.

Fundada en 1876.

M A D R I D

CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

TERCERA SERIE



Acaba de ser puesta a la venta esta linda colección, digna compañera de las dos celebradas series anteriores. Ningún regalo más a propósito para los días de Pascua y principios de año, ya próximos, que estos libros, impresos a dos tintas e ilustrados con hermosas láminas a todo color. Lo escogido del texto, formado por obras de reputación universal, cuidadosamente traducidas, está realizado por el primor tipográfico y artístico de la edición.

TOMOS PUBLICADOS

CUENTOS DE PERRAULT.

LA CABAÑA DE TOM.

FÁBULAS DE LA FONTAINE.

CUENTOS DE MADAME D'AULNOY.

GULLIVER EN LILIPUT Y GULLIVER EN BROBDIGNAC

CADA TOMO, CON PRECIOSA ENCUADERNACIÓN
Y COPIOSAS LÁMINAS EN COLOR: DOS pesetas.

CASA EDITORIAL CALLEJA. FUNDADA EN 1876. MADRID

REVISTA GENERAL

ADMINISTRACIÓN



CALLE DE VALENCIA, 28

AÑO I * MADRID, SÁBADO 1 DICIEMBRE 1917 * NÚM. I

PROPÓSITOS

Suelen las revistas hacerse por especialistas y para especializados. En lo primero coincide esta REVISTA GENERAL con sus colegas. No así en lo segundo. Pretendemos llamar precisamente al público no versado, no profesional de cada disciplina. El habitual lector de revista busca en ella la quintaesencia de una teoría, la última palabra de un estudio, lo posterior a todos los libros, lo demasiado menudo o reciente para buscarlo en los tratados. Esta REVISTA no excluye de su programa las *últimas palabras*; pero procurará que, cuando las diga, esté expresa o implícita la primera.

Más que para el que «haya leído todos los libros», escribiremos para el que se proponga empezarlos y quiera que le orienten.

Nos proponemos vulgarizar, instruir, completar culturas.

Nuestra época es de especialización, pero es también de universalidad; y si todos quieren limitarse para dominar profundizando, todos necesitan *estar al corriente* en las materias ajenas a la ocupación diaria.

Nadie puede hoy leerlo todo; nadie puede excusarse de saber de todo.

A estos problemas apunta nuestro deseo al publicar la REVISTA GENERAL. De cómo empezamos a enfocarlos, son muestra las páginas que siguen. El favor del público marcará después los límites en que han de ir desarrollándose nuestros planes, que son amplios y que nos parecen beneficiosos para la cultura española.

A nuestros colegas dirigimos un saludo muy cordial.

CONFIDENCIA

SIN gusto he cedido al propósito de publicar un volumen de páginas escogidas entre mis obras. Opiné siempre que este es un honor que debe reservarse a los muertos. Pero los vivos, en los tiempos presentes, acaparan los derechos de los muertos y se regalan con monumentos y epitafios.

Un editor piadoso ha imaginado que de los diversos libros por mí publicados pudieran entresacarse algunos trozos de valor excepcional. Le dejo por entero la responsabilidad del intento.

Contra mi gusto también, ¿por qué no he de decirlo?, he sido y soy literato. En los años de mi adolescencia y en los primeros de la juventud he creído firmemente que yo había nacido para cultivar las ciencias filosóficas y políticas, y para ser un faro esplendoroso dentro de ellas. Llegar a ser un sabio respetado y solemne fué mi única ambición entre los quince y los veinte años. Después, por un juego de la fortuna, me vi convertido en novelista, y comprendí que la fortuna tenía razón. Me acaeció lo que a Federico II de Prusia. Creyó haber nacido para músico y literato, y resultó un guerrero.

Lo que puede hacer con más facilidad es lo que el hombre debe hacer. Para mí, ha sido tan fácil escribir novelas como a un tenedor de libros efectuar sus operaciones aritméticas. Cuando un amigo comerciante me dice que le sería imposible escribir una novela, me sorprende, y cuando le comunico, en secreto, que me siento incapaz de efectuar una división de muchas cifras sin equivocarme varias veces, le dejo estupefacto.

¡Cuán fácil es dejarnos arrastrar por aquello que nos es fácil! Así, yo, puesto a escribir novelas, me hallé cautivo de ellas y tan contento como el pez en el agua. El sabio no volvió a sacar la cabeza fuera hasta muchos años después, al publicar los «Papeles del doctor Angélico.»

Pero, dentro de la facilidad, apetecí toda la facilidad que fuese posible. En el arte, como en la vida, he sido siempre insaciable de in-

dependencia. Ya que en aras de la literatura sacrificaba mi ambición, quise y me propuse escribir completamente a mi gusto.

Observé, desde luego, que en la república de las letras, a pesar de ser república, existían no pocas servidumbres.

La primera que me llamó la atención fué la de la «actitud». Los escritores, en general, adoptan al empezar una postura y no la cambian jamás. O se calzan el coturno o se encasquetan el gorro de cascabeles. Un amigo tuve, bien conocido y estimado en el mundo literario, que nos hacía desternillar de risa con su gracejo inagotable. Pues bien: este ilustre literato, así que se ponía a escribir, se

alzaba de manos como un caballo fogoso y no dejaba escapar más que rugidos épicos.

¿No es una verdadera esclavitud? Cada cual debe escribir según el humor en que se halla. Esto no es perder la unidad del carácter, sino mostrar su invariable complejidad. ¡Libertad! Este ha sido siempre mi santo y seña al penetrar en el alcázar de las bellas letras.

Los más altos ejemplos de esta amable libertad no me han venido, sin embargo, de la poesía, sino de la música. Haydn y Beethoven han sido los hombres más libres que han existido dentro de su arte. Ayer mismo escuchaba la famosa «sonata séptima» del último. El

tiempo tercero principia por un alegre risueño, feliz. El poeta-músico disfruta apaciblemente de la dulzura del vivir, de los gozosos recuerdos de su juventud. De pronto, como si repentinamente le asaltase la memoria aciaga de un gran dolor de su vida, de un desengaño cruel, de la pérdida de un ser amado, aquella alegría se nubla, comienzan a escucharse notas graves, patéticas, que poco a poco se transforman en un lamento desgarrador.

¡Esta, esta es,—me decía yo con emoción— la santa libertad que he apetecido siempre!

Otra de las servidumbres que nos amenazan a los escritores es la de la imitación. Por lo mismo que es la menos peligrosa, es la me-



D. Armando Palacio Valdés.

nos frecuente, a lo menos en estos últimos tiempos, en que a los literatos les ha acometido la rabia de la originalidad.

La admiración de los grandes maestros y el empeño en seguir sus huellas no es sólo un sentimiento plausible, sino también la prueba más evidente de la vocación de un artista. Cuando admiramos de corazón, nos elevamos por un instante a la altura del sér que admiramos. Ni en la literatura ni en ninguna de las artes bellas hay otro medio más eficaz para adquirir superioridad. «La imitación—ha dicho quien lo entiende—se encontraría hasta en los arcángeles si conociésemos su historia.»

Pero la admiración no debe degenerar en idolatría. Se soporta con gusto la influencia bienhechora de un genio, pero no se puede sufrir su dictadura. Todos tenemos brazos y piernas, y es necesario que nos dejen andar y obrar sin ligaduras. El maestro debe ser un faro que nos guíe, no un arpón que nos desangre. En España, los admiradores de Cervantes han llegado a hacerle empalagoso.

Por eso, más que la imitación exclusiva de un genio, hallo mucho más beneficiosa la influencia de un grupo de maestros. Nuestros padres imitaban a los clásicos griegos y latinos, y marchaban seguros. En la antigüedad greco-latina hallaron una disciplina feliz que les salvaba de toda aberración. Muchos que eran pequeños se hicieron grandes. Así como la lectura de Plutarco ha despertado el heroísmo en muchos corazones, así la de Homero y Virgilio, Sófocles y Horacio hizo fluir de algunas plumas páginas deliciosas. Recordemos nada más que la admirable poesía de nuestro Fray Luis de León sobre la vida del campo, en que imita una oda de Horacio.

Hay épocas de bueno y de mal gusto. Hay locuras y groserías que infestan a un período entero. Malhadado el escritor que nace en uno de estos momentos tenebrosos. Por milagro logrará salvarse del desastre. En cambio, será para él dichosa la suerte si se halla rodeado por hombres de razón y de gusto. Recibir las enseñanzas de los contemporáneos cuando son puras, no hay otro lote más feliz para un poeta o novelista. Los que respiran a nuestro lado son los más eficaces maestros. Quien haya visto la luz en el siglo de oro de nuestra literatura y vivido en el comercio de Calderón, de Tirso, de Cervantes y Quevedo tenía la mitad del camino andado para llegar a las cumbres de la gloria. El que ha tenido la mala fortuna de escribir en la segunda mitad del siglo XIX, entre «naturalistas, decadentistas, luciferanos», etc., harto ha hecho si ha podido alcanzar la falda de la montaña. El mal gusto es mucho más contagioso que el bueno. Permanecer sensato entre insensatos exige una fuerza que a muy pocos es dado poseer. No

presumo de haberla tenido, pero he luchado por mantenerme firme.

Otra esclavitud más triste y vergonzosa nos está aparejada a los que escribimos para el público: la esclavitud de la moda. La moda se nos impone: el que pretenda sustraerse a ella queda sumergido. Al comienzo de mi carrera literaria, la avalancha de los naturalistas franceses lo había arrollado todo. Quien no penetrase en los burdeles y nos hiciese saber lo que allí ocurre, o no tuviese arrestos para describir en cien apretadas páginas los productos alimenticios que se exhiben en un mercado (el rojo inflamado de las zanahorias contrastando con la nota argentada de las sardinas, etc.), era tenido por un literato anticuado y chirle. Cuando publiqué mi segunda novela, «Marta y María», un joven naturalista, amigo mío, me dijo: «Está bien, querido: pero todo eso es «agua tibia». Pasó la ola, sin embargo, y esta florecita regada con agua tibia que brotó hace treinta y cuatro años aún no se ha marchitado por completo.

Acatar servilmente el gusto del público, poner el oído a los rumores de la calle y adular los caprichos del amo, es algo que degrada al escritor. No era esa mi cuenta. Preferí pasar inadvertido a marchar encadenado al carro triunfal de los naturalistas franceses.

No obstante, lo confieso con dolor, todavía ejercieron sobre algunas de mis novelas perniciosa influencia. Al repasarlas en este momento, por la tarea que se me impone, observo redundancias, prosaismos, puerilidades, hijas de un afán desmedido de realismo. Era el agua que se bebía en aquella época. No había llegado a penetrarme por completo de que las novelas se componen de retratos, no de fotografías. Las últimas que escribí se han librado mejor del contagio.

Quisiera borrar las manchas que afean las otras. Si se me permitiese rehacerlas quedarían, seguramente, menos mal. No me creo autorizado para ello. En la vida, como en el arte, debemos cargar con los pecados de la juventud. Todos los seres creados guardan, como las pirámides de Egipto, los geroglíficos de su historia. En el hombre, en el animal, en la planta y hasta en los pedruscos y los metales, cada cual guarda las huellas de sus aventuras. Ruego al lector que cuando tropiece en mis obras con alguna harto plebeya la desprecie; pero no al autor, que ya está arrepentido.

Hablemos ahora del lenguaje, que es otro de los escollos en que tropieza el escritor español. Y, por de pronto, no lo confundamos con el estilo, como a menudo lo veo confundido. El lenguaje, para el escritor, es un instrumento, como para un violinista el violín. Nunca he visto a un violinista postrarse delante de su violín y adorarlo; pero he visto y veo a

muchos literatos hincados de rodillas delante del lenguaje.

¿Por qué tal rendimiento? Hagámosle elegante, limpio, flexible, despojémosle de toda vileza, pero no le convirtamos en un ídolo de piedra. ¿Por qué escribir hoy como en tiempo de Fray Luis de Granada? ¿Se habla así en el hogar, en la calle, en el Parlamento?

Si se me diese a elegir entre el tan ultrajado lenguaje periodístico y el artificialmente arcaico, pedantesco y desabrido de ciertos escritores que el vulgo de los críticos admira, me quedaría con el primero.

El lenguaje periodístico, con ser malo, me parece preferible a ese otro rebuscado de ciertos escritores pseudoclásicos. Porque, en fin, el periodista, mal o bien, dice lo que quiere decir; pero el otro, arrastrado por la combinación de las palabras, no lo dice casi nunca. Hay quien piensa, después de haber copiado un giro de Quevedo o Cervantes, que ha llevado a término una acción heroica y que se le debe la cruz de San Hermenegildo. Y si exhuma del Diccionario una palabrita allí sepultada, se sorprende de que no le arrojen flores desde los balcones.

Recuerdo que cuando llegué a Madrid, siendo casi un adolescente, fui a visitar, por encargo de mi familia, a un conocido escritor erudito y bibliófilo, en cuyo salón hallé a otros tres o cuatro sujetos de sus mismas aficiones. Estaban leyendo, con mucha algazara, la carta de un amigo, y apenas hicieron caso de mí, como puede suponerse.—«¿Qué donoso!»—exclamaba uno.—«¿Qué regocijado!»—respondía otro.—«¿Qué bien que da en el hito nuestro amigo!»—apuntaba el tercero.—«¡Es cosa para mucho holgarse!»—añadía el cuarto.

Yo creía hallarme en un baile de máscaras.

Estos disfraces aún continúan. Los avisados rien, pero el vulgo queda deslumbrado. No se es Quevedo por ponerse las antiparras de Quevedo. Cuando tomo en las manos un libro de estos flamantes clásicos, me parece estar viendo desfilan una cabalgata histórica. ¿En qué fabla me fablades, infanzones? Ellos podrán decir: «No tenemos ingenio, ni amenidad, ni ciencia, ni gracia, ni observación, ni sentimiento; pero tenemos lenguaje.»

He pensado siempre que éste ha de ser lo más claro, lo más sencillo y transparente posible. ¿Buscaba Santa Teresa los giros de los siglos pretéritos para introducirlos en sus «Moradas»? No; escribía en estilo llano, como oía hablar en torno suyo. Y, no obstante, resulta su prosa de una nobleza extremada, más penetrante y sugestiva que la de ningún otro escritor español.

Peor aún que el lenguaje pseudoclásico es el llamado «colorista», que en Francia inauguró Teófilo Gautier, y que Zola y los herma-

nos Goncourt llevaron a una monstruosa exageración. Buscar palabras nuevas importadas de la pintura, es fácil tarea. Los grandes escritores no han tenido necesidad de apelar a tanta palabrería pictórica para grabar profundamente los tipos y las escenas que han creado. ¿Quién no se representa vivamente la aventura de los molinos de viento en el «Quijote»? ¿Quién no ha visto a Carlota en el «Werther», de Goethe, cortando el pan y distribuyéndolo a sus hermanitos?

Entre nosotros ha echado raíces este nuevo «preciosismo ridículo», y se ha desarrollado con la velocidad del microbio del tifus. En una revista literaria he leído la siguiente descripción de un salón de baile:

«En los senos duermen las flores con esa voluptuosidad del pétalo marchito, y en los labios rojos ruedan las sonrisas amables y brotan las frases cortesanías. El piano, envidioso, muestra en risa irónica sus dientes blancos; y tableteando sobre los cristales, una lluvia fría, menudita y soñolienta.

»Sobre el grupo va la luz tonificando los rosas: el rosa de crepúsculo de los trajes, el rosa de las mejillas, el de grano de granada de las uñas y el rosa suave, diluido, enervante de las flores.»

Después de leer esto, ¿no se siente la nostalgia del «Boletín de Pósitos»? En verdad que si tal es el estilo colorista, hay motivo para aborrecer el arco iris.

Pero dejemos estas ineptias y vengamos a otra servidumbre más peligrosa en que con frecuencia caemos los que emborronamos papel. Hablo del dinero.

«Poderoso caballero es don Dinero», dijo nuestro poeta. El dinero es un magnífico señor que paga bien a quien mal le sirve. Paga bien, pero nos disminuye. El escritor que se pone a su servicio pierde la iniciativa y el reposo, tan necesarios a los que cultivan la belleza. Sus cadenas son de oro, pero cadenas al fin.

¿Debe vivir el escritor de su pluma? Parece lógico. Si presta un servicio a sus semejantes, éstos se hallan obligados a remunerarle.—«Quien sirve al altar, viva del altar»—ha dicho San Pablo. El poeta que sacrifica en el altar de las musas, debe vivir de él.

Debe vivir, es cierto; pero ¿debe vivir en un palacio, rodeado de domésticos y caballos? No hay necesidad. Una posición independiente y modesta es suficiente para que pueda ofrecernos los frutos de su ingenio. Si la riqueza le ha venido por otros caminos, no le perjudicará cuando sepa emplearla adecuadamente. Viajes, libros, juegos, muebles suntuosos, cuadros, saraos, todo esto es un alimento para la fantasía y se halla en la dirección de su vida. Equipado de esta manera espléndida, acaso su vuelo sea más alto. Mas

para alcanzar estas doradas herramientas, aun en los países en que es factible, necesita forzar la mano, y esto no se consigue sin detrimento de la calidad del artículo.

En otros tiempos, la literatura no daba dinero, y se escribía, y no se escribía del todo mal. Hoy da dinero, y se escribe, y no se escribe del todo bien. Quiero decir que, cebados por la ganancia, escribimos más de lo que debiéramos. Nuestras obras no suelen salir bien cosidas, sino hilvanadas. Cuando el hombre no piensa en el resultado de su trabajo, es cuando sale mejor. Nuestros abuelos escribían libros más duraderos, porque pensaban más en ellos que en el editor.

Sin embargo, bueno es rechazar la absurda especie que corre, válida entre los ignorantes y frívolos, de que el hambre aguza el ingenio. El hambre no aguza más que los malos instintos. Jamás me convencerá nadie de que las musas reciben con agrado en su jardín del Parnaso a los poetas famélicos. El escritor necesita cierto grado de bienestar, y además aquello que nuestros antepasados llamaban «ocios»; esto es, el descuido de los intereses materiales. Pero este reposo no lo consiguen los actuales escritores de profesión pensando en las pesetas que les vale cada cuartilla. Mejor lo lograban aquellos abuelos aceptando un modesto empleo en las oficinas del Estado o en el archivo de cualquier prócer.—«Cuando al sonar la hora—me decía un amigo literato empleado en una casa de banca—cierro los libros de cuentas, mi imaginación queda absolutamente libre y puedo ocuparla en lo que se me antoje.»

Claro está que un empleado en una casa de banca no podrá escribir ochenta novelas en su vida, pero escribirá tres o cuatro que valgan por las ochenta, y el mundo quedará satisfecho aunque renieguen los fabricantes de papel. Escribir poco es, en los días que corren, una gran virtud. Confieso humildemente que yo no la he poseído; pero los hay más viciosos, todo el mundo lo sabe.

A los que no caen en la esclavitud del dinero les suele poner el yugo sobre la cerviz el ansia de gloria. El aplauso es tan necesario al escritor como el aire mismo que respira. Todos los seres humanos viven sedientos de él. Hasta los caballos necesitan palmaditas en el cuello para correr. Los que lo rehúyen es que quieren ser aplaudidos dos veces, como dice La Rochefoucauld, o marineros que bogan de espalda al sitio donde quieren ir, según San Francisco de Sales.

Como no soy un impostor, declaro que amo y he amado siempre el aplauso.

Pero existen dos clases de aplauso: el sincero, el espontáneo que brota del corazón de los hombres y sale fervoroso a sus labios, y aquél que se les arranca a fuerza de reverencias.

Parece natural que todos amemos el primero y desdénemos el segundo. Sin embargo, no es así. Hay escritores que corren desalados en pos del elogio, y, para alcanzarlo, montan en toda clase de vehículos, sucios o limpios. Un académico, ya fallecido, decía a cierto amigo suyo, en uno de esos momentos de expansión que suelen tener hasta los criminales: «¡Tú no sabes, querido, la serie de bajezas que he necesitado hacer para entrar en la Academia!» Hay otros que llevan el bolsillo provisto de artículos acaramelados firmados por sus amiguitos, y se los ofrecen a los directores de periódicos cuando les tropiezan en la calle, como si fuesen, en efecto, caramelos de «La Pajarita.»

No he amado nunca esa clase humillante de aplauso. Me gusta limpio, sincero, confortante. ¿Para qué sirve que os palmoree todo el mundo en la calle, si al llegar a casa y meteros en la cama os silba vuestra conciencia?

El elogio venido de lejanas tierras, donde no saben si soy gordo o flaco, torcido o derecho, me ha seducido siempre. Me seduce, porque es absolutamente espontáneo y me parece una promesa de inmortalidad. Aun más me siento halagado por las cartas que me envían personas desconocidas expresándome la impresión que mis libros les han causado.

Esto es halagüeño, sí, lo confieso. Pero cuando me encierro en mi cuarto y después me encierro en mí mismo, no puedo menos de decirme: «¡Pura vanidad! Mis libros no son más que burbujas del agua que se mantienen un instante sobre la corriente y desaparecen; leves sonidos que el aire produce al penetrar casualmente en una flauta. Si se me despojase de lo que pertenece a los grandes maestros que me han precedido, quedaría desnudo. Hay, sin embargo, algo de lo cual nadie en este mundo me puede despojar, y es la dulce satisfacción de saber que algunas de mis páginas han hecho asomar la risa a los labios, y otras, lágrimas de ternura a los ojos; es la certidumbre consoladora de que nadie ha salido de la lectura de mis novelas menos puro y menos noble de lo que era.»

A. PALACIO VALDÉS

De la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(Del libro PÁGINAS ESCOGIDAS.)

DIVAGACIONES TEATRALES

ALGUNAS de las obras teatrales recientemente estrenadas en Madrid han conseguido despertar interés inusitado entre el público. Aficionado a comedias ha sido siempre el buen madrileño, y su afición resiste, incólume, a las pruebas más duras. No han escaseado, por parte de las empresas, intentos sin duda encaminados a apartarle para siempre de las habituales salas de espectáculos, y él, como si nada, llenándolas, para no perder la costumbre, y aceptando lo que le ofrecían, a falta de cosa que más le interesara. Pero, de algún tiempo a esta parte, la situación ha cambiado.

Dos obras de Oscar Wilde han tenido esa virtud, entre todas sus excelencias. Y otra de D. Federico Oliver ha compartido con ellas la cualidad de sacudir un poco el sopor del «pueblo dormido» al arrullo de la eterna trama sentimental o de la bulliciosa astracana. Pero, digámoslo de una vez, esas obras han interesado más al público fuera del teatro que en el teatro mismo.

Las primeras, presentadas, ya que no en un teatro *a coté*, por una Compañía algo *a coté* de las predilecciones del público, no todos las han visto; y los que presenciaron el estreno o las representaciones sucesivas de la tragicomedia del Sr. Oliver creyeron más bien hallarse en un mitin o saborear las delicias de un artículo de fondo, sin el perfume embriagador, eterno compañero suyo, del chocolate matinal.

Poca sensación de teatro, de verdadero teatro, ha hallado, pues, nuestro público en los escenarios a que aludimos. En cambio, ha venido a experimentar, gracias a esas obras, a sus autores, traductores, cómplices o pretendientes, una sensación nueva, el *frisson nouveau*, de que hablaba Víctor Hugo a Carlos Baudelaire: la sensación de lo extra-teatral, o de lo post-teatral, como quiera llamarse.

El público, al ver en la noche del estreno una de estas obras recién presentadas a su fallo, no se dió, tal vez, cuenta de que asistía no a una obra dramática, sino al comienzo de una obra dramática, a lo que los preceptistas llamaban, cuando había preceptos, su *exposition*. Del *nudo*, no tenían idea hasta el día siguiente o hasta unos días después; y era, en ocasiones, tan complicado, sucedíanse con tal profusión las situaciones cómicas o dramáticas, que la obra se iba prolongando, no como las tragedias helénicas, de sol a sol, sino mucho más. El *desenlace* duerme aún en las rodillas de Zeus.

He aquí, por lo tanto, una singular trasla-

ción del interés, reconcentrado antes del lado de allá de la batería y puesto ahora, a través de gacetillas y comunicados, fuera del recinto teatral. «Ese, que se da por traductor—dice uno—, no es tal; la traducción es mía.»—«Ese, que ha traducido la comedia—dice otro—no tenía derecho ninguno para ello; el derecho lo tengo yo.»—«Ese, que ha estrenado una obra de la que se dice autor—exclama un tercero—, no ha hecho más que tomar una idea que me pertenece.»—«No—interrumpe otro más—, la idea me pertenece a mí.» Y siguen las interrupciones.

¡Qué extraordinaria, qué regocijada, qué palpitante comedia! — comenta el público.

¡Qué abundancia de situaciones dramáticas, trágicas, cómicas o tragicómicas! Al paso que llevamos, pronto sobre pujarán a las treinta y seis que analizó Jorge Polti en un famoso libro. No hemos de olvidar que nos hallamos en el *nudo* de la obra cuya *exposition* terminaba con el último acto de la que vimos representar. ¿Qué será esta obra post-teatral: tragedia, comedia, drama o sainete? Hay para todos los gustos.

Si un autor protesta de que otro se ha adueñado una traducción suya, tratándola como si fuese propia, ¿no tenemos aquí un caso patente de adulterio, en que la obra hace el papel de dama? La situación es corriente en el teatro francés moderno: podemos ver un ejemplo de ella en *El adversario*. Si otro autor estrena una obra, y por todos lados le acometen con saña personajes que se declaran verdaderos padres de la criatura y que pretenden llevarlo todo a sangre y fuego, ¿no nos hallamos ante una tragedia esquiliana del corte de *Los siete contra Tebas*? Si uno de los protagonistas, arrepentido, escribe una carta en que confiesa sus culpas, mayores o menores, ¿no pensaremos en una *comedia palliata* al estilo de las de Terencio, en un *Heautontimorúmenos*, o «castigador de sí mismo», de menor cuantía? Y si, complicado el asunto, hay intervención de padrinos, de tribunales o de la autoridad competente, ¿no viene a nuestra memoria, como por ensalmo, un título de sainete: *Aquí va a haber algo gordo o la casa de los escándalos*?—Todas las modalidades dramáticas se dan, pues, en esta serie de situaciones post-teatrales. Y hablemos con claridad: interés por interés, ¿no vale tanto éste que hemos tratado de analizar, como el de una comedia en sí? Aunque el desenlace siga durmiendo muchos meses aún en las rodillas de Zeus...

E. Díez-CANEDO

LOS CLÁSICOS: VIRGILIO ⁽¹⁾

A Publio Virgilio Maron le cabe la gloria de haber dado a Roma su epopeya nacional: la Eneida. Eneas, príncipe troyano de estirpe divina, como hijo de la misma Venus, enamorada de Anquises, llega, después de ver destruida a Troya, y tras larga navegación, a suelo itálico, y al cabo de muchos combates funda en él la ciudad de Albalonga, de que nace Roma. De Ascanio, hijo de Eneas, llamado también Iulo, viene la gens Iulia, la gran familia de que salieron Julió César y Octavio Augusto. Fué Octavio protector del poeta, que así enlazó con la gloria romana la de la casa a que el primer emperador pertenecía.

A otro gran protector suyo, a Mecenas, dedicó el poema didáctico en cuatro cantos que tituló las Geórgicas; para los críticos, ésta es la más bella obra de Virgilio. Trata en ella de las cualidades y labranza de las tierras; del arbolado, y, en particular, del olivo y de la vid; de los ganados y de las abejas. Abundan en el poema las observaciones astronómicas y meteorológicas. Y todo esto sabe convertirlo de tal modo Virgilio en poesía pura, que no un tratado didáctico, sino una verdadera sinfonía campestre es su obra. Compuesta en siete años, quedó terminada el 28 antes de Jesucristo, y fué leída a Octavio cuando volvió a Roma, después de la victoria de Accio.

Las poesías pastorales que se llaman Eglogas o Bucólicas, conocíanse desde el año 36. Son obras de menor entidad, y, sin embargo, ellas bastarían a dar a su autor renombre de poeta. Ya aparece aquí el verso de Virgilio, de una prestancia y de una dulzura incomparables, que ha de lucir todas las galas de la lengua latina y ser considerado, por muy doctos críticos de todos los tiempos, como la perfección misma.

Nació Virgilio en Andes, cerca de Mantua, el 15 de octubre del año 70 antes de Jesucristo. Su padre, industrial o labrador acomodado, le dió cumplida instrucción. En las posesiones paternas adquirió ese gusto del campo que se advierte en su obra entera; pero las concesiones de terrenos hechas a los veteranos de las guerras de Roma, le

desposeyeron de sus tierras, que sólo recuperó por concesión de Octavio, debida a la intercesión de un amigo del poeta, Asinio Polión, aunque por poco tiempo. Desposeído nuevamente y en desgracia Polión, amigo del triunviro Antonio, hubo de buscar nuevas influencias, las de Mecenas quizá, y obtuvo, si no la restitución de su hacienda, compensaciones suficientes.

Empleó los últimos años de su vida en componer la Eneida, que dejó sin retocar. Amigo del emperador, agasajado por los magnates, favorecido por los poderosos y rico ya, emprendió un viaje a Grecia; visitando Megara cayó enfermo de una insolación, agravóse en la travesía de vuelta a Italia y murió al llegar a Brindis, el 20 de septiembre del año 19.

Versadísimo Virgilio en literatura griega, sigue en sus obras a los grandes autores helénicos: a Homero, en la Eneida; a Hesiodo y a los didácticos alejandrinos, en las Geórgicas; a Teócrito, en las Eglogas. Pero guarda su originalidad de poeta en la pureza de expresión, en el acento personalísimo del verso, en la invención constante, en la alta espiritualidad que le acerca a la poesía cristiana. La Edad Media llegó a ponerle entre los padres de la Iglesia y a tener por una profecía del nacimiento del Mesías la égloga IV en que vaticinó el de un niño, hijo de Asinio Polión, que, según el poeta, había de traer nuevamente al mundo la edad de oro. Por estas cualidades le elige Dante por compañero, guía y maestro en su Infierno y en su Purgatorio.

LESER

EPISODIO DE LAOCONTE.

EL CABALLO DE MADERA

SOBREVIENE en esto de pronto un nuevo y terrible accidente, que acaba de conturbar los desprevenidos ánimos. Laoconte, designado por la suerte para sacerdote de Neptuno, estaba inmolando en aquel solemne día, un corpulento toro en los altares, cuando he aquí que desde la isla de Ténedos se precipitan en el mar dos serpientes (¡de recordarlo me horrorizo!), y extendiendo por las serenas aguas sus inmensas roscas, se dirigen juntas a la playa; sus erguidos pechos y sangrientas crestas sobresalen por cima de las ondas; el resto de su cuerpo se arrastra por el piélago, en-

(1) En esta sección: LOS CLÁSICOS, daremos sucesivamente semblanzas y trozos característicos de los príncipes de la Literatura universal.

crespando sus inmensos lomos. Hácese en el espumoso mar un grande estruendo; ya eran llegadas a tierra; inyectados de sangre y fuego los encendidos ojos, esgrimían en las silbadoras fauces las vibrantes lenguas. Conternados con aquel espectáculo, echamos a huir; ellas, sin titubear, se lanzan juntas hacia Laoconte; primero se rodean a los cuerpos de sus dos hijos mancebos y atarazan a dentelladas sus miserables miembros; luego arrebatan al padre, que, armado de un dardo, acudía en su auxilio, y le amarran con grandes ligaduras, y aunque ceñidas ya con dos vueltas sus escamosas espaldas a la mitad de su cuerpo, y con otras dos a su cuello, todavía sobresalen por encima sus cabezas y sus erguidas cervices. Él pugna por desatar con ambas manos aquellos nudos, chorreando sangre y negro

veneno las vendas de su frente, y eleva a los astros al mismo tiempo horrendos clamores, semejantes al mugido del toro cuando, herido, huye del ara y sacude del cuello la segura sestada con golpe no certero. Luego los dos dragones se escapan, rasgando con dirección al alto templo y alcázar de la cruenta Tritónide, y se esconden bajo los pies y el redondo escudo de la diosa. Nuevas zozobras penetran entonces en nuestros aterrados pechos; y todos se dicen que Laoconte ha merecido su desastre por haber ultrajado la sacra imagen de madera, lanzando contra ella (1) su impía lanza; todos claman también que es preciso llevar al tem-



Laoconte y sus hijos. (Estatua griega del siglo II; autores Agesandro, Polidoro y Atenodoro; escuela de Rodas.)

plo la imagen e implorar el favor de la deidad ofendida... Al punto hacemos una gran brecha en las murallas, abriendo así la ciudad; todos ponen mano a la obra, encajan bajo los pies del caballo ruedas con que se arrastre fácilmente, y le echan al cuello fuertes maromas; así escala nuestros muros la fatal máquina, preñada de guerreros; en torno niños y doncellas van entonando sagrados cánticos, y recreándose a porfía en tocar la cuerda con su mano. Avanza aquélla en tanto, y penetra amenazadora hasta el centro de la ciudad. ¡Oh patria, oh Ilión, morada de los dioses! ¡Oh murallas de los Dánaos, ínclitas en la guerra! Cuatro veces se paró la enemiga máquina en

el mismo dintel de la puerta, y cuatro veces se oyó resonar en su vientre un crujido de armas. Avanzamos no obstante, desatentados y ciegos en nuestro delirio, y colocamos el fatal monstruo en el sagrado alcázar. Entonces también abrió la boca para revelarnos nuestros futuros destinos Casandra, jamás creída de los Troyanos por voluntad de Apolo; y nosotros, infelices, para quienes era aquel el último día, íbamos por la ciudad, ornando con festivas enramadas los templos de los dioses. Gira en tanto el cielo, y la noche se precipita en el Océano, envolviendo en sus dilatadas sombras la tierra y el firmamento y las insidias de los Mirmidones. Esparcidos por la ciudad, quedan en silencio los Troyanos; un profundo letargo se apodera de sus fatigados cuerpos.

Ya la falange de los Argivos se encaminaba desde Ténedos a nuestras conocidas playas en sus bien armadas naves, a favor del silencio y de la protectora luz de la luna, y apenas la real encendió una hoguera en su popa para dar la señal, cuando Sinón, defendido por los hados de los dioses, crueles para nosotros, abre furtivamente a los griegos encerrados en el vientre del coloso su prisión de madera; devuélvelos al aire libre el ya abierto caballo, y alegres salen del hueco roble, descolgándose por una maroma, los caudillos Tesandro y Stenelo y el cruel Ulises, Acamante, Toas y Neoptolemo, nieto de Peleo, y Macaón el primero, y Menelao, y el mismo

Epeos, artifice de aquella traidora máquina. Invaden la ciudad, sepultada en el sueño y el vino, matan a los centinelas, abren las puertas, dan entrada a todos sus compañeros, y se unen a las huestes que los esperan para dar el golpe.

(Eneida, libro II.)

ENEAS, HERIDO

MIENTRAS Turno vencedor hace en el campo de batalla tales estragos, Mnesteo, el fiel Acates y Ascanio se llevaban a los reales a Eneas, ensangrentado y apoyándose a cada paso en su larga lanza. Lleno de ira, pugna por arrancarse del muslo el roto dardo y pide socorro, pero pronto, ¡pronto!, ¡que le sajen la herida con una ancha espada; que le abran

(1) Contra el caballo de madera de que luego se habla.

un hondo boquete para extraer la punta; que le restituyan presto a la pelea! Ya se hallaba junto a él Iapis, hijo de Iaso, predilecto de Febo, a quien en otro tiempo el dios, llevado de un vehemente amor, dió ufano sus artes y todos sus dones, los ágüeros, la cítara y las veloces saetas; él, por prolongar la vida de su desahuciado padre, prefirió conocer las virtudes de las yerbas y los usos de la medicina, y ejercer este arte calladamente y singloria. Brama Eneas, rabioso, apoyado en su robusta lanza, rodeado de una multitud de guerreros y del desconsolado Iulo, inmóvil y anegado en lágrimas, mientras el anciano Iapis, recogido atrás el manto a la manera de los alumnos de Esculapio, cata, vanamente, con trémula y sabia mano la herida y le aplica las poderosas yerbas de Febo; vanamente también, tira del dardo con la diestra y aun logra asirle con recia tenaza. Ni la fortuna le abre camino, ni le asiste su maestro Apolo; y en tanto crece por momentos el horror de la batalla, y amenaza más de cerca el peligro. Ya ven el cielo cubierto de polvo; ya llega la caballería de Turno y cae en medio de los reales una densa lluvia de dardos; hasta los astros sube el triste clamor de los guerreros y de los que sucumben al rigor del duro Marte. Entonces Venus, condolida del inmerecido penar de su hijo, va a coger en el cretense Ida las velloras hojas y la purpúrea flor del dictamo, bien conocido de las cabras monteses, heridas por veloz saeta. Trájaslas Venus envuelta en oscura niebla, las deslice con agua en una fúlgida copa, les infunde ocultas virtudes y rocia el remedio con el saludable zumo de la ambrosía y con la fragante panacea; lava el anciano Iapis con él la llaga, sin conocer las virtudes, y de pronto huye del cuerpo todo dolor; restañase la sangre en el fondo de la herida, y siguiendo de suyo a la mano sin esfuerzo alguno, despréndese la saeta y Eneas recobra el usado vigor. «¡Luego, luego aprontad sus armas al heroel! ¿Qué os detiene?, exclama Iapis, el primero en inflamar los ánimos contra el enemigo; no es obra de humano auxilio ni de arte maestra esto que habéis visto; no es mi mano, ¡oh Eneas!, la que te salva; obra es de la fuerza superior de un dios, que te reserva a mayores empresas.» Sediento de lidiar, ciñese el héroe las áureas grebas; mal dice toda demora y vibra la lanza; luego que ha embrizado el potente escudo y vestido la cota, estrecha a Ascanio entre sus brazos, cubiertos de acero, y besándole amorosamente la cabeza cuanto se lo consintió el ceñido yelmo, le habló de esta manera: «¡Aprende, hijo, de mí, valor y verdadera fortaleza; de otros, fortuna!; mi diestra va ahora a lidiar en tu defensa, y luego te asociará al glorioso galardón de estos afanes. Tú, cuando llegues a edad madura, acuérdate de mis

hechos, y alienten tu ánimo a seguir el ejemplo de los tuyos la memoria de tu padre Eneas y de tu tío Héctor.»

Dicho esto, échase fuera del campo en toda su grandeza y majestad, blandiendo una enorme lanza, y con él se precipitan en tropel Anteo, Mnesteo y toda la muchedumbre, abandonando los reales; envuelve el campo densa nube de polvo y retiembla la tierra bajo sus pies. Vióles Turno venir desde una altura frontera; viéronlos también los Ausonios, y un frío terror circuló por la médula de sus huesos. Antes que todos los Latinos, oyóles Iuturna, y conociéndolos por el ruido, huyó despavorida. Vuela Eneas y arrastra su negra hueste por el abierto campo; no de otra suerte rueda hacia la tierra desde la alta mar un turbión desprendido del rasgado firmamento; estremécense los corazones de los miseros labradores, presagiendo de lejos, ¡ay!, ruinas para los árboles, asolación para los sembrados; todo en torno quedará arrasado; delante vuelan los vientos, llevando sus rugidos hasta las playas. Tal el capitán troyano impulse su escuadrón contra los enemigos; trábanse todos cuerpo a cuerpo en apretados pelotones. Timbreo hiere con su espada al corpulento Osiris, Mnesteo a Arquetio; Acastes inmola a Epulon; Gias a Ufente; cae el mismo augur Tolumnio, el primero que asestó sus armas contra los enemigos. Alzase el vocerío hasta el cielo, y desbandados a su vez los Rútulos por los campos, vuelven la espalda al enemigo en polvorosa fuga. No se digna Eneas ni dar muerte a los fugitivos ni acometer a los que esperan a pie firme y todavía le asestan dardos; sólo a Turno busca con afán entre la densa polvareda, sólo con Turno quiere pelear.

(Eneida, libro XII.)

LAS ABEJAS

SUS COSTUMBRES Y SUS BATALLAS

TAN luego como el dorado sol impele al invierno a la opuesta parte de la tierra y abre los cielos con su luz estiva, empiezan las abejas a discurrir por el monte y las selvas, donde chupan las purpúreas flores y liban ligeras la superficie de las aguas. Con esto, regocijadas por no sé cuál dulcedumbre, se dan a cuidar amorosamente su prole y sus celdillas; con esto labran artísticamente la blanda cera y forman la consistente miel. Cuando en verano vieres un enjambre recién salido de su colmena, que surcando el sereno éter se levanta al firmamento, y te maravillas de cómo se mece en las auras formando una densa nube, obsérvale bien: siempre las abejas van a buscar aguas dulces y frondosas moradas; entonces lo que debes hacer es despararramar por el sitio a qué se dirigen, las

verbas cuyo sabor apeteçen, la melisa majada y la grama común de cerinto, y a más haz alrededor ruido de metales y bate los címbalos de la madre Cibeles. Ellas de por sí acudirán al sitio que de esta suerte les hayan aderezado; ellas por su propio instinto irán a albergarse en lo interior de las colmenas.

Más si su salida fuere para darse batalla (pues muchas veces acontece suscitarse discordia con grande ímpetu entre dos reyes en un enjambre), al punto te lo harán conocer la efervescencia de la muchedumbre y sus guerreros ademanes; el estrépito marcial de una especie de ronco bronce aguja a las morosas, y se oye una voz que imita los quebrantados sonidos de las trompetas. Entonces se agrupan en tumulto, despliegan sus brillantes alas, afilan sus agujones y aprestan los brazos a la lid, y apiñándose en derredor de su rey junto a sus mismos reales, provocan al enemigo con grandes clamores. Así, no bien nacen para gozar de la serena primavera y de los dilatados campos, salen en tropel de sus colmenas; trábase la lid, zumba el alto éter, revuélvense unas con otras, formando un gran pelotón, de que muchas ruedan precipitadas. No cae más denso el granizo por el aire ni lloven en mayor número las bellotas de la vareada encina. Por en medio de sus huestes discurren los dos reyes con sus brillantes alas, abrigando en pequeño pecho ánimo grande, empeñados en no ceder hasta que el fiero vencedor obliga a éstos o a aquéllos a volver la espalda en la fuga. Todas estas iras y estas grandes batallas se sosiegan y acaban en un punto con sólo tirar al aire un puñado de tierra.

Mas tan luego como hayas sacado de la lid a los dos caudillos, mata al que te hubiere parecido peor, a fin de que no dañe al enjambre aquella boca inútil, y deja que el mejor reine

solo en la recién desocupada colmena. Es éste de un color encendido, salpicado de manchas de oro (pues los hay de dos especies); es también más hermoso y está cubierto de rutilantes escamas; el otro es feo y flojo, y arrastra sin gloria un enorme vientre. Así como hay dos especies de reyes, así las hay también de abejas: unas son feas, del color de la tierra, que escupe la reseca boca del sediento caminante cubierto de polvo; las otras son muy hermosas y relucen como el oro; todo su cuerpo está salpicado de pintas iguales. Esta casta es la que más aprovecha, de ésta obtendrás en determinada época del año dulce miel, y más que dulce, limpia y a propósito para corregir la aspereza del vino.

Cuando tus enjambres anden revoloteando sin concierto y como indecisos por el aire, y descuidados de los panales, desamparen las frías colmenas, impídeles que se distraigan en esos vanos solaces. No te costará mucho trabajo impedirselo; arranca las alas a los reyes; retenidos éstos en la colmena, nadie será osado a remontar el vuelo ni a arrancar las enseñas de los reales. Cuida de que tus fragantes huertos atraigan a las abejas con sus purpúreas flores, y de que vigilante Priapo, dios del Helesponto, las guarde de los ladrones, y de los pájaros con su hoz de sauce. El que verdaderamente ponga empeño en criar enjambres, es preciso que por sí mismo plante todo en derredor de las colmenas, tomillos y pinos traídos de los altos montes; es preciso que en esta dura faena se cuarteen sus manos, y que él mismo por sí hinque en tierra las feraces plantas y las fecunde con abundosos riegos.

(*Geórgicas, libro IV.*)

VIRGILIO

(Trad. de Eugenio de Ochoa.)

UN NUEVO TOMO DE LA MAGNÍFICA COLECCIÓN CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES

PRIMERA SERIE

EL VISIR Y LA MOSCA

LÁMINAS EN COLOR, DE PENAGOS. — ILUSTRACIONES
EN NEGRO, DE MILLAR. — DECORACIÓN, DE MARCO.

PRECIO: **5 pesetas.**

PUBLICADOS, DE IGUAL PRECIO, EN ESTA COLECCIÓN

I. Clarafrente.

II. El Rey de los Cisnes.

III. La Princesa de Algodón en rama.

VIII. El Unicornio (en preparación).

IV. Gazapito y Gazapete.

V. Tres piratas.

VI. El Príncipe y el León.

CASA EDITORIAL CALLEJA. FUNDADA EN 1876. MADRID.

LA ESCULTURA CASTELLANA

AL COMENZAR EL SIGLO XVI

LOS primeros veinte años del siglo XVI han sido para la escultura castellana una época de transición donde los nuevos elementos artísticos importados de Italia han ido sustituyendo, poco a poco, a los septentrionales que aquí existían, hasta dar nacimiento a un arte nuevo, o quizás mejor, a una manifestación diferente del mismo arte.

Durante los últimos siglos de la Edad Media, este arte plástico de Castilla fué exclusivamente de aluvión. Las influencias francesas primero, borgoñonas, flamencas y alemanas después, dominaron con preponderancia, y los artistas que mayor fama alcanzaron llevaron casi siempre el nombre de una ciudad o región de allende el Pirineo. Por un González, Siloe, Cruz u Ortiz aparecen muy repetidamente los Borgoña, Colonia, Holanda o Alemán, cuando no son los Lomme, Dankart, Egas o Gúas, nombres que ellos mismos están delatando su procedencia ultramontana.

En otras artes, la arquitectura por ejemplo, estas influencias se fundieron, en nuestro suelo, con otras meridionales, y que, con algo que quizás pudiera llamarse espíritu indígena, dieron lugar a un arte de caracteres más singulares y propios. En la escultura, las influencias mahometanas no son tan claras, sin que esto sea decir que no aparezcan, y el espíritu nacional, probablemente muy vigoroso y determinado en aquellos tiempos, pero coincidiendo en muchas de sus notas esenciales con el espíritu de los pueblos del Norte, no logra destacarse y formar un arte substancialmente distinto, lo que no es obstáculo para que fuera perfectamente armonizado con la vida de este pueblo, muy hondamente sentido, muy propio y muy castellano.

La nota esencial en todas las artes de la Edad Media, que, como se ha llegado a reconocer, las diferencia espiritualmente de las artes paganas, es el sentimiento religioso. Dominado por él el artista, más que a la armonía de la proporción o a la belleza plástica de las formas corporales, tiende a la expresión de la idea, al dominio del pensamiento, a que la obra provoque emociones, y acepta como regla uniforme de su inspiración el que la verdad de la vida no está tan sólo en la verdad de las superficies corpóreas.

...La escultura castellana de los últimos tiempos del goticismo es un arte tan fuertemente expresivo como el de los pueblos del Norte; que sólo toma de la vida lo que conduce de un modo directo a la emoción; pero esta emoción es aquí más varia, algo más

elevada y más serena, no tan sombría; y en ocasiones más indirecta y más compleja. Tal vez tuviera ya el germen de aquel arte tétrico que comenzaba a apuntar en Europa y tanto había de agradar a los españoles de los siglos futuros, pero entonces, en el siglo XV y comienzos del XVI, no era Castilla, ciertamente, el pueblo que daba la nota más aguda.

Este es el tiempo en que los grandes retablos, tan característicos en el arte español, adquieren todo su desarrollo. Su objeto principal, aparte el decorativo, es narrar de un modo gráfico, claro y muy expresivo, para despertar interés y devoción, las principales escenas de la vida de Cristo o de algún santo, y claro está que estas escenas habían de ser las que quisieran los fieles de entonces o los cabildos o potentados que pagaban la obra. Pues bien; mientras que los retablos alemanes, flamencos y franceses se llenan con las historias más dramáticas del Evangelio, los castellanos dan su preferencia a las más placidas: la Encarnación, la Natividad, la Epifanía, la Resurrección, y claro está que al Crucifijo, tema capital del arte cristiano, que se coloca en el lugar central o culminante para que atraiga así todo el interés; pero ni aun aquí se recarga la nota patética; se le da majestad, no dolor; se prefiere en Cristo el aspecto de Dios al aspecto de Hombre; se le presenta tranquilo, sereno, con los brazos muy abiertos, horizontales, el cuerpo recto, sin contorsiones, y el rostro serio, a lo sumo triste, pero no dolorido. Cuando el Cristo no se labra para colocarlo en un retablo, sino aislado en un altar, entonces sí se le suele poner una nota de dolor intenso, pero siempre dolor moral, jamás físico, algo muy fuerte que sobrecoge, pero no se da nunca el caso de que uno de estos Cristos inspire lástima y compasión.

Los temas más dramáticos de la Pasión: los Azotes, la Calle de la Amargura, el Descendimiento y, sobre todo, la Piedad, que estaba tan en boga entonces, son aquí más graves, más silenciosos y serenamente doloridos; sin muecas ni gesticulaciones. Sus personajes se hallan íntimamente unidos por la escena misma, que es la que interesa en su totalidad; la que armoniza toda la composición y la que ordena y valora la acción de cada figura, sin que desentone ningún acto aislado que distraiga.

El asunto más frecuente aquí, como en todas partes durante el final de la Edad Media, es la Virgen Madre, que, siguiendo la costumbre general, se suele representar de pie, mos-

trando el Niño a la adoración de los fieles. También, como la Virgen francesa, suele sonreír la nuestra, pero mientras que en aquella es una sonrisa de pura coquetería, que no se dirige a nadie ni tiene más objeto que embellecer el rostro dándole alegría, en la castellana es una sonrisa de amor y de ternura, siempre dirigida a su Hijo o a los devotos que se suponen delante. El Niño no está nunca desnudo, como aparece en los brazos de las Vírgenes alemanas, ni los ropajes son tan amplios y pesados, ni arrastran tanto, ni sus pliegues llegan a ser tan quebrados y duros, siéndolo mucho, aunque tampoco adolezcan de excesivamente finos y ligeros ni se ciñan tanto al cuerpo, como los de las francesas.

Esta iconografía se completa con las imágenes de los santos populares y los acontecimientos memorables de sus vidas, siendo de notar que se prescinde de los asuntos más o menos abstractos o simbólicos, de las alegorías y de las escenas y los personajes de la Biblia, así como de las visiones del Apocalipsis. Son raras las representaciones de la Trinidad o del Padre Eterno, tan frecuentes en los países de esta misma familia artística; lo mismo ocurre con la Sinagoga y la Iglesia, y con los profetas y sibilas que predijeron la venida del Mesías, y con el Juicio final, la Coronación de la Virgen y el Tetramorfos, que tan en boga estuvieron aquí mismo en los primeros tiempos del arte gótico. El imaginero de entonces sabe muy bien que el hombre no se gobierna por ideas, sino por emociones y por imágenes, y que, muy particularmente el castellano, no experimenta goce al pensar, al comprender ni al interpretar, sino únicamente al sentir; por eso tiende a sentir también, a observar la vida en sus cuadros de mayor intimidad, para trasladar luego a expresión visible y tangible las notas esenciales de esa observación y de ese sentimiento. Es un arte ante todo, reproductor de la vida, si no con la precisión de sus formas materiales, con la sinceridad y el verismo de sus emociones más intensas.

Ahora bien, aun cuando el arte septentrional abunde en esas creaciones puramente intelectuales, sigue siendo su principal característica la misma que aquí, la traducción, por encima de todo, del acento vital. Pero, como ya decía, esos pueblos, tal vez por ser más rudos, necesitan de una mayor fuerza expresiva para producir la emoción, y ponen en su arte, además de un realismo más minucioso, una nota pasional más simple, pero más intensa, propia para impresionar a las clases populares, muy clara y muy violenta en su dramatismo, contrastando con el nuestro, que tiende a sentimientos más suaves y a una escala mayor y más variada de medias tintas emocionales.

Quizá acabe de aclarar esto una ojeada comparativa circunscrita a una sola rama del arte plástico, al arte funerario, y a solos dos países muy próximos, Borgoña con Francia, y Castilla. En los comienzos del siglo XV, aparece en Dijón un nuevo tipo sepulcral que muy pronto obtiene universal aceptación y se extiende por todos los países de arte gótico: el sepulcro de Felipe el Atrevido. La novedad que trae, aparte de sus bellísimas proporciones y la grandiosidad con que están concebidas y ejecutadas sus esculturas, es la de sustituir las antiguas escenas del duelo y del funeral, que iban cayendo en desuso, por una procesión de pequeños encapuchados que, en actitud dolorida, circulan con paso lento tras una rica columnata adosada a los cuatro costados de la cama mortuoria. También los antiguos ángeles, transportadores del alma, vienen ahora, con la misión de velar el cadáver, a colocarse en su cabecera y a ser un espléndido motivo de decoración, al mismo tiempo que aportan la nota religiosa que no debía faltar, mientras que la simbólica la dan un león o un perro, colocados a los pies, representativos de la soberanía, la fidelidad y la resurrección en la otra vida. Reuniendo y ordenando así las escenas que antes solían estar separadas, y trayéndolas a formar parte integrante del sepulcro mismo y aun a ser en ocasiones elementos vivos de su construcción, se traban y se funden íntimamente los diferentes valores arquitectónicos, ornamentales y emotivos antes dispersos, y se le da unidad y carácter monumental a la obra, que se destaca aislada en el centro de la nave o la capilla.

Así se llega a la forma más concisa, más ordenada y más clara de expresar lo que comúnmente se ha querido expresar en todos los sepulcros cristianos: el dolor causado por la muerte de un justo y la esperanza de que su alma esté gozando de una paz eterna; porque el otro sentimiento, también muy cristiano, de horror a la muerte, no aparece de un modo directo en los sepulcros de Dijón. Pero aun en aquéllos, la expresión se ordena, además, en su modo, en la vehemencia y acentuación de los diferentes motivos emocionales, y mientras que en la parte alta, donde está tendida la imagen del difunto y velan los ángeles guardianes y el león simbólico, todo es hieratismo, serenidad y reposo, abajo, en el cortejo fúnebre, expresivo del dolor, no hay más que calor o intimidad esencialmente humana, y humana en el sentido de la vida diaria y común, con rasgos personales, movimientos sorprendidos y detalles episódicos. Los pequeños encapuchados, alguno de los cuales llega a ocultar el rostro por completo, son una novedad de gran fuerza dramática, que se ha cuidado suavizar entremezclando-

les algunas otras figuritas muy delicadas, llenas de gracia candorosa, que regocijan el alma más que la conmueven; y si alguno de estos detalles, así aislados, pudieran distraer y perturbar, el conjunto todo, con su movimiento pausado, es serio, majestuoso y triste, profundamente triste.

Este es el tipo sepulcral que se extiende por la Europa gótica. Pero cada país los integra a su manera estos elementos, los funde con otros preexistentes, los valora conforme al espíritu indígena, y ni uno solo, ni aun la Borgoña, lo conserva mucho tiempo tal como lo recibió. En el mismo Dijón, y haciendo pareja con el de Felipe el Atrevido, se levanta años más tarde otro sepulcro que reproduce el tipo con toda fidelidad: idénticas son las proporciones, la distribución y hasta la factura; sin embargo, la procesión que circula por el zócalo ofrece ya variantes; su expresión de aquella vida cotidiana se ha marcado tanto, se ha hecho tan exageradamente singular y concreta, que ya no traduce un dolor más o menos vivo, pero siempre de un orden general, sino el dolor preciso de aquel pueblo y tal vez de aquel momento. Su realismo burgués, sobrecargado de notas individuales, resulta más gracioso y divertido que patético, porque equivocadamente se ha tendido a confundir lo que hay de esencial y hondo en la tristeza humana con lo que no es más que anécdota y sucedido.

Este realismo se extiende por toda Francia, que a pesar de sus prejuicios manieristas del siglo XIV se mostraba sobradamente preparada para recibirlo, pero cambiando la alegría infantil y caricaturesca con que comenzara y tomando tonos más sombríos, más melodramáticos y más materialistas. Desde luego se busca con interés el parecido y se convierten las yacentes en hermosos retratos que perpetúan la memoria del difunto con las notas más típicas de su figura. Además de esto, la novedad del encapuchado es la que más sorprende y la que se copia en todas partes; se le destaca de la procesión, se le hace crecer en sus proporciones y se le coloca de pie o de rodillas en las cuatro esquinas del lecho fúnebre, con el rostro cubierto, y dando más la impresión lúgubre del misterio de la muerte que la de llanto y dolor concreto que causaba en el sepulcro de Felipe el Atrevido. Pero no se detiene aquí la evolución; aún se acentúa el aire sombrío y tétrico de estas figuras a la par que se aumenta su tamaño y su importancia, y se llega al monumento a Felipe Pot, donde se les hace transportar la yacente y compartir con ella el papel de protagonista. En la lauda de Jacques Germain (1424), hoy en el Museo de Dijón, no basta eso, se encapucha a la misma yacente, y ella, con su rostro cubierto, es la que ahora pregunta, con

voz espantable, por lo que podrá haber detrás de aquellos velos, sugiriendo la terrible idea de la descomposición de la materia. Sin embargo, no debía ser este arte, evocador de vagas emociones, el que más se conformara con la sensibilidad de aquel pueblo; había que concretar y definir con toda claridad, y acentuando la nota realista, poner ante los ojos la materia misma en todo el horror de su desintegración, como ya unos años antes, en 1404, se había iniciado en la hermosa tumba del cardenal Lagrange (1). Así, en la del obispo Beauveau, en la catedral de Angers, aparece un esqueleto revestido, en terrible contraste, con los ricos hábitos episcopales, y en la de Renato de Anjou, en el mismo templo, el manto real y la corona no cubren más que otros miserables despojos; en la de Felipe Morvilliers (1438) alternan los llorones con cadáveres envueltos en sudarios, y arraigando esta tendencia por toda Francia, se perpetúa hasta muy entrado el siglo XVI, en que todavía se ven esqueletos y momias roídas por gusanos en los sepulcros de Juana de Borbón, duquesa de Auvernia († 1521), y en el de Renato de Chalons, conde Nassau († 1544) (2).

En cuanto a España, si bien es cierto que un escultor de Tournai trae a Pamplona, al mismo tiempo que aparece en Dijón, el nuevo tipo monumental, y que otro artista de Dacroc se distingue en la labra del segundo mausoleo de la capital de Borgoña, no parece, sin embargo, que estos modelos causaran una impresión muy honda en el reino castellano. Aquí eran ya muy frecuentes, desde los tiempos más remotos, los sepulcros exentos, con nichos en el zócalo ocupados por figuras, casi siempre santos, y a veces, muy pocas, escenas del Nuevo Testamento. Las representaciones del duelo, el funeral, la conducción del alma al Cielo y los episodios de la vida del difunto habían estado muy en moda durante los siglos anteriores, pero ya habían caído en completo desuso. Lo que principalmente adorna los costados de la cama mortuoria, ya se encuentre colocada en el centro de la capilla, o adosada a un muro, o empotrada en un arco presentando un solo lado, suelen ser simples molduras y adornos geométricos o vegetales muy estilizados, las armas del difunto tenidas por ángeles, pajecillos o figurones, y los santos ya mencionados. También se inicia en este siglo, y es frecuente en sus finales, el destacar en las cuatro esquinas del monumento, como ocurre en los que guardan los restos de D. Alvaro de Luna y de su esposa, en Toledo, unos frai-

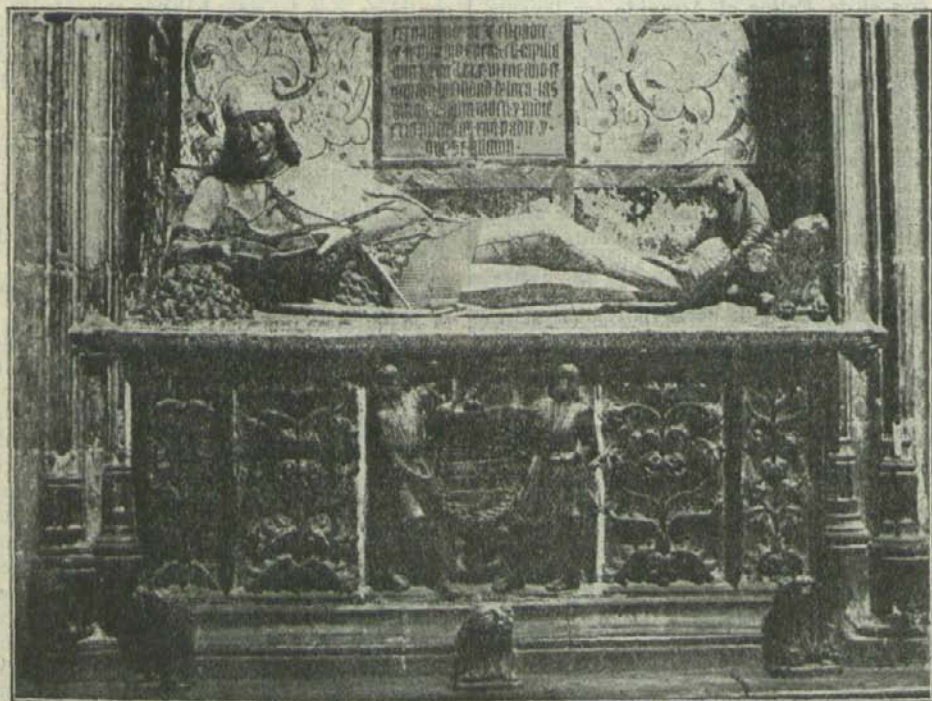
(1) En la iglesia de San Marcial, de Avignon, y hoy en el Museo Calvet, de la misma ciudad.

(2) El primero, en Vic-le-Comte, y el segundo, en Bar-le-Duc.

les, o pajes, o dueñas arrodillados, pero siempre con el rostro descubierto, causando una emoción discreta de respeto y de quietud, sin nada que atemorice ni sobrecoja. El sepulcro castellano del siglo XV no trata nunca de dar saludables enseñanzas, ni quiere ser trágico, y hasta parece que huye de evocar de un modo directo la idea lúgubre de la muerte. Es, a lo sumo, triste, serenamente triste, pero siempre con contención y silencio. No le importa tampoco decirnos cómo fuera físicamente el difunto, ni las clases sociales que

pocas, en que no aparecen en ninguno. Las yacentes u orantes son, a veces, retratos, pero no siempre, ni tampoco es esta la regla general. Lo corriente es que aparezcan tendidas, impersonales, serenas e imponentes en su gravedad.

El no querer los artistas de entonces representar la muerte en sus particularismos y el repugnarles su recuerdo los llevaba, tratándose de monumentos sepulcrales y de estatuas de difuntos, al empleo de matices suaves y delicados que velaran de algún modo la



Sepulcro de Martín Vázquez de Arce en la Catedral de Sigüenza.—Escultura española, a fines del siglo XV o comienzos del XVI.

(Fot. R. de Orueta.)

lo lloraron; pero, en cambio, pone gran cuidado en perpetuar gráficamente, y por las inscripciones, que era muy alto señor, muy poderoso, muy honrado; que tenía tales y cuales blasones, que lo servían pajes o dueñas, que pertenecía a tal orden militar o gozaba de ciertos honores. Es un monumento al difunto y a su gloria y honor, que es lo que más interesa, pero no a los detalles de su vida. Los motivos religiosos suelen obtener lugares preferentes; pero hay ocasiones en que sólo ocupan los secundarios, y otras, aunque muy

impresión. Así, cuando las nuevas exigencias del arte comienzan a requerir cierto espíritu en las esculturas, incluso en las de difuntos, aparecen las estatuas dormidas, que en el siglo XV son muy frecuentes, pero que aquí abundan todavía más, con la cabeza inclinada a un lado y en actitud de tranquilo reposo, en nada semejante al reposo hierático de la muerte. También abundan las que conservan los ojos abiertos y un libro entre las manos, como si acabaran de interrumpir su lectura; las que repasan con los dedos las cuentas de

su rosario, y las que empuñan la espada, si no con actitud belicosa, por lo menos con un resto esfumado de acción. Se tiende siempre a disfrazar la muerte, y cuando esto no es posible, a presentarla sólo en el último término del pensamiento y de la emoción, detrás de otras impresiones que se tenían por más bellas. Se ve una tendencia a apartar de la estatua principal toda idea lúgubre o siquiera triste; pero esta tristeza se la solía trasladar a una figura secundaria, de menor tamaño, que unas veces era un delicado pajeillo que amorosamente se recostaba a los pies de su señor, y otras una dueña que, con aire devoto y grave, leía un libro de oraciones, sustituyéndose en estos casos a los animales simbólicos, por estas figuras de un patético más real y que eran una encarnación viviente, positiva y honda, no ya un símbolo, de la fidelidad y amor entre los hombres.

Pero claro está que nada de esto se puede tomar de un modo absoluto, y aunque esos caracteres sean bastante generales, no deja de haber en Castilla una hermosa excepción, entre otras. La da un artista que labró los sepulcros de los parientes de D. Alvaro de Luna, en Toledo, el de D. Gómez Carrillo y de su esposa, en Sigüenza, y que tal vez trabajara también en Lupiana, Tordesillas y otros lugares. Sus estatuas son muy fáciles de identificar, porque tienen todas el mismo vigor de ejecución, las mismas proporciones y, más que nada, la misma tendencia y espíritu. En cuanto a esto último, quizá sea la más típica de todas la de D. Gómez Carrillo, en Sigüenza, y ésta, justo es confesarlo, si es un muerto; y muy muerto, si en la muerte cupiera relatividad; profundamente muerto; con el dramatismo, con la impresión sombría y pavorosa de la muerte; y nada de huesos descarnados, ni de sudarios que velen, ni de gusanos que repugnen; no es ni siquiera feo. Pero sí es la exaltación de la muerte, el sentimiento del misterio, una visión espectral exteriorizada por una factura vigorosa llevada a la brutalidad. También es aquí la observación realista del principal elemento de la inspiración; pero de una realidad psíquica; de qué cosa sea lo que pueda haber en la vida real capaz de producir del modo más directo y más fuerte una impresión en el alma, y allí se ha puesto eso y solamente eso, sin otros matices ni modelaturas técnicas, sin nada que pueda distraer de eso. Así, el alma se sobrecoge aterrorizada ante aquella evocación, que, todavía más que de un muerto, se debiera decir de un aparecido.

En cambio, en la misma Sigüenza se ofrece también el ejemplar más hermoso de la tendencia opuesta: D. Martín Vázquez de Arce. Su estatua aparece recostada perezosamente sobre un montón de laureles; su cuer-

po es joven, bellísimo en sus proporciones, elegante y fino, y su actitud desmayada, lánguida, en completo abandono. Aún conserva entre sus manos un libro, tal vez de oraciones, que ha debido evocarle pensamientos serios. De allí se ha ido apartando su espíritu de las miserias terrenas, se ha ido desprendiendo, se ha ido elevando a otras regiones ideales muy lejanas, muy puras, puede que muy tristes, a la muerte quizás, que aquel alma joven y noble sabrá poetizar y embellecer. No se concibe una sugestión más delicada de un sentimiento tan trágico. Si el genio atormentado de Miguel Angel puede pregonar con orgullo que ha sabido crear el «Penseroso», el espíritu cristiano de Castilla también se puede envanecer por haber dado vida al «Soñador».

Es indudable, como se ve, que este arte complejo y evocador, con unos matices tan suaves, tan delicados y en ocasiones tan gratos, que parecen traducir un amor hacia la vida y una complacencia en su disfrute, no nos pudo venir a través del Pirineo, por lo menos en la integridad de sus elementos. Desde luego era septentrional su tendencia exclusiva a expresar sentimientos y a producir emociones hondas en el espíritu, sin preocupación por las formas corporales ni su belleza, ni por el ritmo de sus líneas, ni las ondulaciones de sus superficies; sin asomo de sensualidad, ni de amor, ni siquiera de simpatía por la materia. Esta subordinación de la forma al pensamiento, que es, quizás, el rasgo más esencial que distingue al arte cristiano del pagano, no cabe la menor duda de que nos venía del Norte. También era de allí la manera técnica de expresar y el ropaje, y aun los adornos, con que se revestía la expresión. Hablábamos el mismo lenguaje plástico y en el fondo queríamos decir las mismas cosas, pero no eran iguales nuestros sentimientos ni nuestras predilecciones, y esto bastaba para que empleáramos otro tono de voz, otro gesto y hasta en ocasiones otras palabras, lo que no supone un debilitamiento, sino una variedad o, a lo sumo, una evolución de la idea cristiana.

Todo esto no cabe ninguna duda de que pudo ser ocasionado por una modalidad especial del sentir de nuestro pueblo, y así debió de ser, ya que había ciertas causas, que han quedado apuntadas, y que explican suficientemente esos fenómenos. Pero ocurre que el arte italiano de entonces coincide en ciertas notas sentimentales con el nuestro: en su horror a evocar la muerte, en su complejidad de recursos expresivos, en su complacencia y en su alta valoración de la vida, y en algunas otras que se han de ver muy pronto, aunque las haya también que lo diferencien substancialmente. No debe por esto afirmarse que el

arte plástico italiano viniera a Castilla antes del siglo XVI, porque a ello se oponen los mismos monumentos y los testimonios documentales, que si bien citan algunos artistas de allá, son en número insignificante comparados con los que del Norte nos vinieron, sin que tampoco hablen de ningún escultor nuestro que fuera a Italia a hacer su aprendizaje. Nuestra escultura, aparte el espíritu nacional, tenía una filiación exclusivamente gótica; pero las artes plásticas necesitan de mucho tiempo para adoptar una nueva forma, y no lo hacen nunca hasta que la concepción ideal de la sociedad en que viven no se la imponen, y hasta que no la han visto adoptar a la poesía, y en muchos casos a la pintura; por eso no es extraño que aquellos artistas, caso de que no pensarán totalmente a la española, comenzaran a hacerlo a la italiana, aun cuando siguieran expresándose en forma septentrional.

Debe advertirse que el arte italiano de toda la Edad Media, y aun del siglo XV, también era muy gótico. Se notan, desde luego, en él mayor cantidad de reminiscencias paganas que en el de otros pueblos, donde, después de todo, tampoco faltaron. Las notas bizantinas también se acentúan allí; pero su línea general, su tendencia primera y en aquellos siglos preponderante es la misma que en todas partes, la de ser expresivo, cualidad esencial que la idea del cristianismo ha llevado siempre a su arte...

A medida que transcurre el siglo XV, el renacimiento de la antigüedad se acentúa, las necesidades espirituales se agrandan, y con ello el arte se complica, tanto en sus emociones como en su técnica, y lo que gana en refinamientos lo pierde en vigor. Los artistas son, en su mayoría, delicados y tiernos, pero de una ternura complicada, que tiene algo de misterio. La técnica llega a su grado más alto de perfección; se acaricia el mármol o el bronce, más que se les trabaja...

Luego, en los comienzos del XVI, los descubrimientos de estatuas clásicas se suceden...

Entonces vino el empeño infantil de conciliar el cristianismo no sólo con las formas, sino con las ideas mismas de la antigüedad, y la vida entera de aquellos hombres da un cambio, se paganiza la idea cristiana, y puede afirmarse ya que ha desaparecido la escultura gótica, para convertirse de un modo total en renaciente.

Pero ésta fué un fenómeno sólo peculiar de Italia, que no se dió en todas partes del mismo modo, y que si tarde o temprano todos

los pueblos lo imitaron, en lo externo, hubo algunos, como el nuestro, en que jamás fué sentido. Aquí, en Castilla, se había operado mientras tanto una fuerte reacción. El gobierno enérgico de los Reyes Católicos, la destrucción de los reinos mahometanos, las guerras continuas, la expulsión de los judíos y el establecimiento de la Inquisición debieron operar un cambio en las costumbres de aquella sociedad, que se debió acentuar durante el reinado del Emperador, hasta llegar a su rigor máximo en el de su hijo Felipe. Entonces se da el caso, extraño en la historia de nuestra escultura, de que mientras las formas rientes y sensuales del arte italiano comienzan a enseñorearse de nuestro suelo, nuestro pensamiento se vuelve con insistencia hacia aquello mismo que en el siglo anterior parecía rechazar el arte violentamente expresivo de la Europa Central, y comienza desde entonces una lucha tenaz entre el espíritu que anima la obra y sus formas exteriores, que es quizás la página más interesante de toda nuestra evolución plástica.

No es posible terminar aquí estas notas sin apuntar otras dos que caracterizan a nuestra escultura en el siglo XV y comienzos del XVI: la exagerada profusión en sus adornos, y las licencias que en ocasiones se permite. En cuanto a la primera, se ha dicho que era causada por influencias mahometanas, a lo que tal vez se pudiera añadir el estado floreciente y el carácter ostentoso de aquella sociedad: lo indudable es que las obras de entonces adquieren unas proporciones desmesuradas y ofrecen tal exuberancia ornamental, que no le son comparables en estos sentidos las de ningún otro país de la Europa Central. Bastará recordar, entre otras, los retablos de Toledo y Sevilla, las sillerías de Santo Tomás de Avila y la Cartuja de Miraflores, los sepulcros de este último convento y los muros de la iglesia y claustro de San Juan de los Reyes.

La nota licenciosa parece que fué importada de Flandes, y que también aquí, tal vez por la libertad de nuestras costumbres, tomó más arraigo que en los otros países de la familia gótica. Claro está que no invadió nunca el sagrado de los altares ni los lugares más respetables de los templos, quedándose en las paciencias de las sillerías, ménsulas de algunos sepulcros y las hojarascas y capiteles de algún claustro.

RICARDO DE ORUETA

Del Centro de Estudios Históricos.

LA MUERTE DE DOUGLAS

(EPISODIO DEL REINADO DE ALFONSO XI)

I

HAY tan estrechas relaciones de semejanza entre un suceso que refiere Juan Froissart en sus Crónicas y otro ocurrido en los primeros días del largo sitio de Algeciras, y cuyo relato se halla en la Crónica del rey de Castilla Don Alfonso XI, atribuida a Juan Núñez de Villazán, que no puede menos de sospecharse, al cotejarlos, que son dos distintas versiones de un mismo acontecimiento.

Roberto Bruce (hijo de otro príncipe de su mismo nombre, perteneciente por su linaje materno a la casa real de Escocia tras porfiadas luchas con los ingleses, que, so color de árbitros en las contiendas civiles que agitaron a Escocia en tiempo del primero de ellos, se habían apoderado del país, acabó por vencerlos, quedando en posesión de su herencia. Las Crónicas de Froissart (que en esta parte, como él mismo manifiesta, no son suyas, sino de Juan Le Bel), comienzan con el relato de la deposición del padre de Eduardo III del trono de Inglaterra, y después de referir este hecho, entran a narrar la desgraciada expedición de Eduardo III contra los escoceses y la muerte de Roberto Bruce. Trasladaré en substancia la narración que hace del episodio a que me he referido al comenzar este artículo.

Sintiendo Roberto Bruce que se acercaba su última hora, convocó a los grandes del Reino alrededor de su lecho, les encomendó con las mayores intancias que fuesen leales a su hijo y sucesor David Bruce, niño a la sazón de pocos años, y que le amparasen y defendiesen hasta que llegara a su mayor edad, y en seguida, dirigiéndose a Guillermo de Douglas, su compañero de fatigas en las pasadas guerras, y al par que uno de los más altos y esclarecidos señores del Reino, el más valeroso y pujante campeón de la libertad de Escocia, después del mismo Roberto Bruce, que, incontestablemente, era el primero, le encargó que, después que él muriera, hiciera embalsamar su corazón y lo llevara al Santo Sepulcro de Jerusalén para ofrecerlo a Nuestro Señor, porque ya que no le había sido posible a él cumplir el voto que había hecho de visitar los Lugares Santos si salía victorioso de las guerras en que estaba empeñado, quería que su corazón fuese en lugar suyo. Guillermo de Douglas contestó al requerimiento del Rey jurando solemnemente cumplir su voluntad.

A la primavera siguiente se embarcó Douglas en el puerto de Montrose, y dándose a la vela para Flandes, llegó en breve al puerto de la Esclusa, donde acordó detenerse unos cuantos días a la mira de alguna expedición que se dirigiera a Ultramar, para agregarse a ella con su nave e ir así más acompañado en el viaje. Doce días estuvo en el puerto de la Esclusa, sin bajar ni uno solo a tierra. Permaneció todos ellos a bordo, recibiendo allí, con gran solemnidad y aparato de trompetas y timbales, a guisa de rey, a cuantos sujetos de calidad iban a verle, obsequiándolos con vinos y especias, según costumbre del tiempo. Llevaba su escudo azul con el tercio superior de plata con tres estrellas rojas. Entre la mucha gente que formaba su comitiva, iban con él, para su inmediato servicio, un señor de pendón y caldera («chevalier banneret»), seis caballeros de lo más ilustre y calificado de Escocia, y veintiocho escuderos hidalgos de los más esclarecidos linajes del Reino. Ollas, cántaros, barriles, copas, escudillas, tajaderas, aguamaniles y cuantos demás enseres llevaba consigo para su uso, ya fueran de mesa, ya de cocina, ya de cualquiera otra clase, eran de oro y de plata. Todo ese boato había querido Roberto Bruce que se desplegara en la expedición, habiéndolo así encargado antes de morir a Guillermo de Douglas.

Hallándose en el puerto de la Esclusa, tuvo noticia Douglas de que el rey Don Alfonso de Castilla estaba en guerra con el de Granada, y pensando que en nada podía emplear mejor el tiempo, mientras se le ofrecía oportunidad de seguir su viaje a Tierra Santa, que tomando parte en esa guerra, levó anclas y se dirigió a las costas de España, y habiendo llegado a ellas, desembarcó en Valencia (Valencia la Grande la llama Froissart), y desde allí se encaminó con su séquito a la hueste del rey de Castilla, que se hallaba en aquellos momentos en presencia de la del rey de Granada, hacia las fronteras de ambos reinos.

Sucedió, pocos días después de su llegada al campo de Don Alfonso, que ambas huestes, castellana y granadina, se ordenaron en guisa de pelea, y se acercaron tanto la una a la otra, que se veían claramente las banderas musulmanas desde el real castellano. Entonces Guillermo de Douglas, para obrar con mayor desembarazo y para mejor hacer gala de su denuedo, se puso con su gente a un costado de la batalla del rey de Castilla, y habiendo un momento creído que iba éste a mover contra los enemigos, picó espuelas y,

seguido de los suyos, sin volver la vista atrás para ver si se comenzaba efectivamente o no el combate, cerró con los contrarios que tenía enfrente.

Se había engañado, pues en todo aquel día no llegó la hueste cristiana a venir a las manos con los islamitas, y Douglas y los de su séquito se encontraron solos, rodeados de enemigos por todas partes y sin otra esperanza que la de vender caras sus vidas. Y allí las perdieron todos ellos, después de furioso combate. «Fué gran mengua para los españoles — dice la Crónica de Froissart — haber dejado morir así a tan valeroso caballero, sin poner nada de su parte por impedirlo, cuando, a poco que le hubieran ayudado en aquel trance, hubieran podido salvarse él y algunos de sus compañeros.»

A este relato se agrega en otras relaciones posteriores, y no sé con qué fundamento, que Guillermo de Douglas, cuando hubo perdido toda esperanza de escapar con vida del apurado lance en que temeraria y voluntariamente se había empeñado, arrojó en medio de los enemigos la caja de oro en que se encerraba el corazón de Roberto Bruce, exclamando: «¡Ve adelante, como fuiste siempre cuando vivías, que Douglas va a seguirte!», y se arrojó tras ella sobre el grueso de los contrarios, cayendo a los pocos instantes acribillado de heridas.

Acabaré con la narración de Froissart diciendo que el cuerpo de Douglas, el amigo y vasallo de Roberto Bruce, yace hoy, con los otros de sus antepasados, en la iglesia de Douglas, y el corazón de Roberto Bruce, en Melrose, donde fué depositado hace luengos siglos.

Esta última noticia, así como la de haber arrojado Douglas entre los enemigos la caja que contenía el corazón de Roberto Bruce, van por nota en la edición que de las Crónicas de Froissart hizo Bouchon en París en 1835.

Advierte también este editor en varias notas del Libro de las Crónicas, en que se contienen los sucesos de este periodo, que el Douglas compañero de Roberto Bruce y héroe, por consiguiente, de este episodio y de otros que allí se relatan y que no tengo a qué incluir en este artículo, se llamaba Jacques y no Guillermo, añadiendo que por este tiempo no había ningún Douglas de este último nombre en edad de llevar las armas. Por último, asegura terminantemente el mismo Bouchon en sus notas que la muerte de Roberto Bruce ocurrió entre el 7 y el 30 de junio de 1329, como consta de documentos irrecusables, y de ninguna manera el 7 de noviembre de 1327, en que las Crónicas de Froissart la dan por sucedida.

Dos errores, cuando menos, hay, pues, en las Crónicas de Froissart en lo que a este asunto atañe: llamar Guillermo al Douglas

compañero del rey Roberto, y hacer morir a éste dos años y cinco meses antes de tiempo. El hallarse hoy en Escocia tanto el cuerpo de Jacques de Douglas, el compañero de Roberto Bruce, como el corazón de este célebre rey de Escocia tampoco se armoniza con el relato de las Crónicas de Froissart, y mucho menos con el novelesco episodio de arrojar Douglas entre los enemigos el relicario de oro en que el corazón se encerraba, pues así el cadáver como el relicario tuvieron que quedar en poder de los musulmanes, dado que el valeroso caballero y todos sus acompañantes perecieron en la demanda.

Verdad es que los que cuentan el hecho del lanzamiento del relicario hacen sobrevivir a algunos de los compañeros de Douglas, tanto, sin duda, porque comprendieron la necesidad de dejar a alguien vivo para que sacara el cadáver de Douglas y el relicario del campo de batalla, como por tener modo de contestar a las objeciones que pudieran ocurrirse sobre la autenticidad de un hecho del cual, según las Crónicas de Froissart, no quedó testigo alguno que pudiera contarlo.

Así y todo, no se explica de qué manera los compañeros de Douglas sobrevivientes del combate, que harto tendrían que hacer para salvar sus propias vidas, pudieron detenerse a recoger el cadáver de su señor y un tan menudo objeto como el relicario.

Es inverosímil que un caballero tan grave y esclavo de su palabra como debía de serlo Douglas, obligado por solemne juramento, de llevar su corazón al Santo Sepulcro de Jerusalén, se pusiera voluntariamente y como por pasatiempo, mientras se le presentaba ocasión de seguir el viaje que había ya emprendido, en lances tan arriesgados como el que las Crónicas de Froissart relatan, y aún más inverosímil, si cabe, es el hecho de que llevara el relicario sobre sí en el trance mismo del combate.

¿Habrá que creer, pues, que el suceso que en las Crónicas de Froissart se refiere es una pura invención? Indudablemente, toda incredulidad respecto de tal hecho está plenamente justificada; pero si nos tropezamos en nuestras crónicas, y no en una sola sino en dos completamente diferentes, con un episodio muy semejante, en lo sustancial, al referido, pero de circunstancias absolutamente naturales y verosímiles, y cuya fecha puede compaginarse con la que las crónicas de Froissart dan a aquel otro, siempre que se introduzcan ciertas enmiendas cronológicas perfectamente lógicas y bien fundadas, habrá que admitirlo por cierto. Busquemos, pues, en nuestras crónicas si hay algo que pueda tener alguna relación con ese hecho.

CRISTÓBAL DE REYNA

(Concluirá.)

LA FILOSOFÍA COMO VIRTUD

ENTRE las múltiples y variadas notas que encierra el concepto vulgar de la filosofía, una muy principal es la que podríamos llamar la filosofía como virtud. Suele entenderse por filosofía, en este sentido, un acorado temple de ánimo que conduce, a quien lo posee, a considerar los acontecimientos de la vida con cierta calma, con cierta serenidad o ecuanimidad a la que se mezcla un matiz de melancólica resignación o de irónico escepticismo. Dícese de un hombre que aguanta la desventura y el dolor con ánimo impávido, que es un filósofo. Dícese también eso mismo del que no se enardece y enloquece con la felicidad, la suerte y los bienes de la fortuna.

¿Qué relación tiene esta virtud personal con la filosofía? Si la filosofía es una disciplina racional y científica — o al menos pretende serlo —, ¿con qué derecho la transformamos así en un rasgo de carácter? A nadie se le ocurre decir de un hombre, que tiene un carácter físico, o astronómico, o que considera la vida con ánimo químico. ¿Por qué, pues, decimos sin dificultad: Fulano es un filósofo, entendiendo por ello no que se dedica a estudios e investigaciones filosóficas, sino que se conduce en la vida de una determinada manera?

Hay dos razones de esto: una, histórica, tradicional, y otra, real, que se deriva del objeto mismo de la filosofía.

La tradición vincula el título de filósofo en el tipo clásico del sabio griego. La filosofía nació en Grecia como un ansia de conocimiento. Filósofo valía tanto como aficionado al saber. Los primeros pensadores griegos — Tales, Heráclito, Demócrito — fueron filósofos, es decir, sabedores de la verdad; científicos en el exacto sentido de la palabra. Investigaron el Universo, sus componentes; los números y sus propiedades, las líneas y las figuras, la materia y sus partes. Fueron matemáticos, físicos, biólogos.

Pero, con Sócrates, el pensamiento griego tomó un rumbo nuevo y característico. Sócrates advirtió que de los números y de las figuras geométricas había un conocimiento exacto posible. Ahora bien, números y figuras no son cosas reales, no tienen existencia sensible. El número no se ve ni se toca, no tiene materia. La figura no se ve ni se toca tampoco; y si los objetos tienen una figura, esas figuras geométricas que estudiamos, el triángulo, el círculo, etc..., no son cosas, sino abstracciones de las cosas. En suma, números y figuras son nociones racionales, ideas. Si de ellas hay un conocimiento exacto posible, ¿por qué no ha de haberlo también de otras ideas, como el

bien, el mal, la virtud, la justicia, la piedad, etcétera?

Sócrates propuso al pensamiento griego una nueva orientación hacia la moral. Mas en esa dirección gravitaba asimismo un postulado fundamental, que no era sino la aplicación; a la esfera de lo moral, de los ideales que profesaron los filósofos anteriores. Ese postulado es el siguiente: el conocimiento del bien es la condición necesaria y suficiente para que el hombre realice el bien. «Nadie es malo a sabiendas», dice Sócrates. La moral griega es eminentemente intelectualista.

En esta dirección se desarrolló, amplio y sereno como un caudaloso río, el pensamiento helénico. Platón hace culminar su sistema en la idea del bien. Aristóteles en su Ética pinta un retrato del sabio, esto es, del hombre bueno porque sabe, y traza un cuadro que sigue siendo modelo aun en nuestros días: Los estoicos, más tarde, popularizan la doctrina y el tipo. Filósofo, entonces, viene a ser sinónimo de sabio, y el sabio es aquel que conoce el bien y lo practica, que conoce las leyes del acaecer universal y las acata porque son necesarias. El filósofo, el sabio estoico, no se asombra de nada, ni se conmueve por nada: «Nihil admirari». El filósofo sabe que placer y dolor son modificaciones subjetivas, que la verdadera ventura está en el conocimiento y que su apatía, trabajosamente conseguida, le eleva por encima de las contingencias naturales, acercándolo a la eternidad.

La Edad Media conservó la memoria y la admiración del tipo del filósofo. A ello contribuyó no poco el cristianismo, que coincidía en gran parte con las enseñanzas estoicas. Los latinos, menos dados a lo puramente teórico y científico que a lo práctico y moral, desarrollaron con preferencia este sentido ético de la filosofía griega; ellos popularizaron el carácter filosófico como virtud personal e ideal de vida. Y así ha llegado hasta nuestros días, casi intacto. En el fondo del sentido vulgar que tiene hoy la palabra filosofía hallaremos principalmente ese ideal de vida serena que constituyó la definición estoica del supremo bien.

Pero este sentido de la filosofía, como virtud, no hubiera podido conservarse intacto, a pesar de la influencia que los latinos han ejercido sobre nuestra mentalidad, si no se hubiese sostenido en alguna relación profunda que lo une al objeto mismo de la ciencia filosófica. La filosofía, sea cual fuere nuestro punto de vista, trata innegablemente — aunque quizá no resuelva — los problemas más universales de la cultura. Por otra parte, es caracte-

rístico anhelo de la filosofía el hallar la unidad sistemática de esos problemas fundamentales: conocimiento, acción, arte. La vida y la ciencia no pueden andar por distintos y diferentes caminos. La filosofía trata en todo momento de buscar la síntesis de lo teórico y de lo práctico, del saber y del hacer, de la contemplación y de la acción. El modo y forma de llevar a cabo esa síntesis podrá variar con los tiempos y con los datos que la realidad cultural nos ofrezca; pero la síntesis habrá de

hacerse, y con razón piensa el vulgo que la filosofía es a un tiempo especulación y vida, conocimiento y acción. Hoy ya el filósofo no es ni puede ser el sabio estoico de la antigüedad clásica; pero hoy, como siempre, aspira la filosofía a una visión superior de la cultura y de la vida, esto es, a indicar, por lo menos, una orientación del movimiento de la humanidad.

MANUEL G. MORENTE

Catedrático de la Universidad Central.

LA PERVERSIÓN PATOLÓGICA DEL SENTIDO MORAL DURANTE LA PUBERTAD

LOS padres de familia y los educadores se ven a veces sorprendidos por trastornos de la moralidad en adolescentes hasta entonces juiciosos y morales. La perversión moral se ha iniciado al empezar la pubertad, y se desarrolló bruscamente en poco tiempo. No pudiéndose explicar los padres este cambio brusco en la conducta de sus hijos, lo atribuyen a las socorridas malas compañías; pero a pesar de cambiar éstas a sus hijos, la conducta de los mismos sigue siendo inmoral. Son más bien ellos los que buscan malas compañías que acepten sus inmoralidades, y así resulta que todos los afectados por esta perversión moral se atraen entre sí por evidente simpatía. Por lo general, se trata de una «amoralidad transitoria», que desaparece al llegar a la edad adulta. Hemos conocido muchos casos de este trastorno, y la mayoría se corrigen por completo a los veinticinco o treinta años. Citaremos algunos que darán más exactitud a nuestra descripción. Un muchacho débil mental, hijo de buena familia, al llegar a los quince años empieza a ser indiferente con los suyos, a sentirse molesto en casa, y de vez en cuando se escapa con dinero o alhajas, que vende. Ha hecho viajes a París, Barcelona, Valencia, y al llegar a estos sitios se arrepiente de su acción y escribe o se presenta a amigos de su casa. Vuelto a Madrid se repite todo lo mismo; se escapa de su casa y permanece varios días en lupanares, no acude a su oficina, odia a los suyos. Así pasan varios años hasta que llevado a una población próxima a Madrid y empleado allí en una nueva empresa, se hace otra vez afectuoso, trabajador y de conducta moral. El muchacho tenía entonces veintitrés años.

Otro muchacho muy aplicado y buen hijo empieza, a poco de entrar en una Academia militar, a hacer excentricidades, a insubordi-

narse, a jugar y contraer deudas, a organizar orgías, a despilfarrar el dinero. En la Academia, sus escándalos son de tal naturaleza, que los jefes están a punto de expulsarle. Sus padres están agobiados por su indiferencia hacia ellos y por sus despilfarros. De oficial, sigue provocando escándalos y se le cree loco. Por fin, a los veinte años empieza a corregirse por la acción beneficiosa de una mujer.

Otro, algo neurótico, al entrar en la Universidad empieza a fugarse de casa, anda siempre entre prostitutas, todos los años sale suspenso y es una constante pesadilla de su padre, médico. Reunido con otros de sus mismas aficiones, organiza en Madrid una sociedad de rateros de comercios, y en automóviles van de tienda en tienda sustrayendo objetos hábilmente. Por fin, se fuga a Rusia, vuelve tiempo después, se casa, y normaliza en poco tiempo su pasada conducta.

Como estos, podríamos citar innumerables ejemplos; muchos seguidos de la curación. En todos ellos se observa una constitución psicopática o una debilidad intelectual.

Son neuróticos constitucionales, que en la «crisis de la pubertad» sufren una desorganización excesiva de sus funciones nerviosas y psíquicas, la cual les lleva a estos actos inmorales, en los que siempre se comprueba una debilidad en la inhibición, una falta de freno contra sus desmanes neuróticos. Al pasar esta difícil época de la pubertad, todo vuelve a su cauce, y entonces sobreviene la curación espontánea.

Pero no todos los casos de amoralidad pueril son de esta categoría transitoria, ni de pronóstico tan benigno. En algunos constituye la iniciación de un trastorno mental que hará más tarde su aparición, al llegar la edad adulta. Nos referimos a los presuntos «dementes precoces» o schizofrénicos. Recordar-

mos el caso de un inteligente estudiante universitario que a los diez y siete años empezó a despilfarrar dinero, a empeñar todo, a predicar la anarquía a los criados de su casa y a cometer numerosos desmanes eróticos. A los veinte años de esta vida desarreglada se desarrolló bruscamente el estado mental de la hebefrenia (forma demencial de la demencia precoz), y hubo de ser conducido a un manicomio.

El estudio de la mentalidad de estos casos por un psiquiatra es obligado, pues puede evitar el desarrollo de la enfermedad. El examen de la sangre de dichos sujetos revela ciertos trastornos en su composición (linfocitosis y eosinofilia), que pueden coadyuvar al diagnóstico. Actualmente hemos puesto en tratamiento a un muchacho de esta naturaleza, hijo de un guarda de campo, el cual, al llegar a los diez y siete años, ha empezado a fugarse de su casa durante uno o más días, a ser muy impulsivo, a no ir al taller, a pasarse la noche con amigos en cinematógrafos y soporales, a hablar solo a veces y a tener terribles pesadillas en el sueño. Examinado, se observa en él bastante debilidad intelectual y tendencia al automatismo mental; el análisis de sangre nos muestra marcada linfocitosis y eosinofilia.

¿Cuál es la conducta que debe seguirse con los casos de inmoralidad puberal? La resolución de este problema encierra varias dificultades.

Entre ellas, está la cuestión de la vida sexual, tan violenta en estos sujetos, y cuya represión puede a veces producir tantos trastornos psíquicos. Siempre, a ser posible, debe encauzarse la vida sexual de estos sujetos en vez de reprimirla ciegamente. En las mujeres, un matrimonio temprano es la única solución. Por lo demás, la permanencia en un Reformatorio, en el campo, donde la vida sea higiénica, ordenada y agradable al educando, es la solución más racional. Allí permanece el sujeto hasta que va transcurriendo la crisis puberal, y entonces debe someterse a varias pruebas de libertad bajo palabra, antes de darle la libertad absoluta. Los Reformatorios a base de represión brutal, de trabajos relajantes, etc., son un vestigio absurdo de la pedagogía del dómíne, que ha desaparecido ya del mundo civilizado. Los sports, las conferencias educativas, las ocupaciones o trabajos disciplinados y remunerativos, el conceder confianza y responsabilidad en las comisiones a estos sujetos, cambia su actitud de desagrado hacia el Reformatorio y les transforma pronto en seres útiles y confiados en sí mismos. Los educadores de Reformatorios necesitan, para cumplir con acierto su difícil misión, poseer una cultura psicológica y una finura de espíritu superior a la común.

DR. GONZALO R. LAFORA

Del Patronato Nacional de Anormales

OBRA DE ACTUALIDAD

POLÍTICA SOCIAL

POR EL

BARÓN JORGE DE HERTLING

VERSIÓN ESPAÑOLA DE LUIS HEINZ, C. M.

El reciente nombramiento del Barón de Hertling para el cargo de Canciller del Imperio alemán ha constituido un acontecimiento de universal resonancia. En este libro expone sus ideas fundamentales. «Política social — dice — es el santo y seña de nuestro tiempo.»

UN TOMO DE 138 PÁGINAS EN RÚSTICA, 1 pta.

ENCUADERNADO EN TELA, 1,75.

CASA EDITORIAL CALLEJA. FUNDADA EN 1876. MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN A LA
REVISTA GENERAL

Un año, 6 pesetas.

Semestre, 3,50

Trimestre, 2

ADMINISTRACIÓN: VALENCIA, 28. — MADRID

EL ANÁLISIS ESPECTRAL

EL descubrimiento de las rayas del espectro, debido al óptico de Munich Fraunhofer, vino a completar, en el siglo último, el de la descomposición de la luz, que cerca de doscientos años antes había hecho el inmortal Isaac Newton. Las observaciones y los estudios practicados sobre las rayas de Fraunhofer (que así se las llama), por los sabios Wollaston, Bréwster y Kirchhoff, continuados por otros notables físicos, han sido la base sobre que se ha fundado la ciencia del análisis espectral, que es una de las creaciones más maravillosas del ingenio del hombre. Merced a ella, el conocimiento del Universo se ha ampliado hasta límites verdaderamente increíbles, permitiendo conocer la composición química de los astros más lejanos a que alcanza la vista, ayudada por los más poderosos telescopios. La mera enunciación de ese hecho deja suspenso el ánimo.

A nadie hubiera podido ocurrírsele, antes de que Newton diera a conocer los resultados de sus experimentos sobre la luz solar, que ésta no es simple, sino formada por luces de diversos colores dotadas de diferentes propiedades químicas y físicas. Como un cordón formado por varios hilos o ramales agrupados, así un rayo de luz, por fino que sea, se compone de multitud de rayos, cada uno de un color distinto, que va pasando gradualmente desde el violado más oscuro hasta el rojo más intenso. Aun posteriormente al descubrimiento de Fraunhofer, se ha comprobado la existencia en el rayo de luz de otros rayos componentes sin color alguno, cuya presencia sólo se manifiesta por los fenómenos químicos que provoca.

La descomposición de la luz, o su dispersión (que es como generalmente se llama al fenómeno que pone de manifiesto la naturaleza compleja del rayo solar), tiene efecto cuando atraviesa la luz un prisma triangular constituido por una materia transparente, como el vidrio, el cristal o cualquiera otra semejante. El fenómeno de la dispersión ocurre frecuentemente en circunstancias naturales y ordinarias. Una de las más comunes es la que se produce los días lluviosos, y que se manifiesta por la presencia del arco iris en las regiones bajas del aire, cargadas de partículas acuosas.

De ningún modo puede observarse mejor el fenómeno de la dispersión de la luz que dando entrada al rayo luminoso en una habitación oscura por un pequeño agujero practicado en una de sus paredes, y haciéndolo pasar a través de un prisma triangular de vidrio co-

locado en el agujero mismo. Una banda luminosa formada por todos los colores, siempre dispuestos en el mismo orden, y pasando gradual e insensiblemente, sin solución de continuidad alguna, desde el rojo al violado, como antes dije, se proyecta en el muro de la habitación, enfrente del agujero en que se halla el prisma, y por donde la luz penetra. Esa banda es el espectro solar.



Esquema del espectro solar y rayas de Fraunhofer.

La explicación que dió Newton de la formación del espectro es la siguiente: El rayo de luz sigue siempre la línea recta mientras atraviesa un medio homogéneo. Medio homogéneo se llama al que tiene la misma composición y la misma densidad en todas sus partes. El aire, el agua, el vidrio, cualquiera otra materia transparente, cuando está reducida a ocupar espacios limitados, suele constituir un medio homogéneo; en grandes extensiones, no, porque es extremadamente raro que una materia, cualquiera que pueda ser, sea siempre idéntica a sí misma en las variables circunstancias en que en dilatados espacios se encuentra. Así, el aire de una habitación, el agua contenida en un vaso pueden constituir medios homogéneos; pero la atmósfera en conjunto, el mar en toda su extensión no son medios homogéneos, porque hallándose sus diferentes regiones en condiciones muy varias

de presión y de temperatura, cuando no también de composición química o física, han de tener distintas densidades.

Pero si el rayo luminoso sigue dirección rectilínea en un medio homogéneo, se tuerce al pasar de un medio a otro de distinta densidad. Si el nuevo medio en que el rayo de luz entra es a su vez homogéneo, seguirá ese rayo la línea recta en la nueva dirección que tomó al penetrar en él; pero si no hay homogeneidad en el medio, tampoco habrá dirección rectilínea en el rayo, pues se irá torciendo en una dirección o en otra conforme vaya cambiando la densidad de dicho medio. Ese fenómeno de torcerse la dirección rectilínea del rayo luminoso al pasar de un medio a otro se llama refracción, y la facultad de una materia de torcer la dirección del rayo luminoso que penetra en ella se llama poder refringente. Cada materia transparente tiene un poder refringente propio suyo.

El simple hecho de ordenarse siempre de la misma manera los colores en la banda formada por el espectro, demuestra que cada uno de los rayos elementales o simples de que dicho rayo luminoso se compone tiene distinta fuerza refractiva.

El rayo de luz blanca que va a herir la cara del prisma pudiera ser asimilado a un abanico cerrado; la forma que toma ese mismo rayo al atravesar el prisma, a la que tomaría ese mismo abanico al abrirse. Cada una de sus varillas correspondería a uno de los rayos simples que componen el rayo luminoso primitivo, varillas que, prolongadas idealmente hasta el muro en que el espectro se dibuja, corresponderían con los diversos colores que lo forman. De todos esos colores, el que menos se desvia de la dirección que lleva el rayo luminoso al herir al prisma es el rojo; al rojo sigue el amarillo; a éste, el verde; al verde, el azul, y al azul, el violado, que es el que más se tuerce de todos los rayos componentes y «visibles» del espectro. Subrayo lo de visibles, porque, como antes dije, los hay que no se ven, y esos rayos están más allá de los violados, torciéndose, por consiguiente, aún más que ellos.

Pero no se olvide lo que antes advertí acerca de la continuidad del espectro, que a primera vista pudiera creerse en contradicción con la explicación que acabo de hacer; porque no se compone de una sucesión de colores homogéneos separados por límites, ni consta sólo de los colores dichos. No hay un sólo color del espectro que sea igual a sí mismo en toda la extensión que ocupa, sino que va lenta e insensiblemente degradándose hasta convertirse en el siguiente. Así, el rojo, que es muy vivo en la extremidad de la región que ocupa, va poco a poco perdiendo en intensidad conforme va acercándose al ama-

rillo, tomando visos anaranjados, que van, también sucesivamente, perdiendo el tono rojo que les es propio y adquiriéndolo, de más en más, amarillento, hasta convertirse francamente en el color amarillo, que va, a su vez, cambiando gradual e insensiblemente de tono hasta volverse verde; el verde va pasando igualmente por una serie de tonos hasta el azul, y éste hasta el violado; de modo que no es posible señalar de un modo preciso dónde acaba un color y empieza otro.

Advertió Fraunhofer, que cuando el agujero por donde se recibe la luz para hacerla pasar a través del prisma, en vez de ser redondo, tiene la forma de una raja o hendidura, y se coloca el prisma de modo que sus aristas estén situadas paralelamente a la dirección de la dicha hendidura, el espectro que en el opuesto muro se dibuja está cruzado en dirección perpendicular a su longitud por ciertas rayas oscuras, que ocupan siempre y exactamente las mismas posiciones en el espectro.

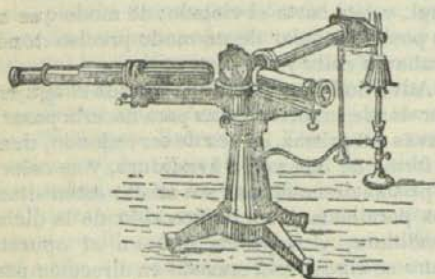
Fraunhofer clasificó esas rayas, las señaló con sendas letras del alfabeto y divulgó su descubrimiento, que no tuvo, durante la primera mitad del siglo, ulteriores consecuencias, quedando, sin embargo, establecido en el terreno científico como hecho curioso y digno de atención y estudio. Desde entonces fueron conocidas las aludidas rayas del espectro solar por «rayas de Fraunhofer», designándoseles, siempre que se hablaba de ellas, por las mismas letras con que él las había señalado.

Los estudios, observaciones y ensayos de que fueron objeto las rayas de Fraunhofer desde que fueron conocidas, no tuvieron fruto digno de su importancia hasta la segunda mitad del siglo, en cuyo tiempo se dió la explicación de ellas, y comenzó a alzarse sobre cimientos firmes la ciencia de la espectrología, o del análisis espectral.

Para el estudio, así del espectro solar como de los producidos por cualesquiera otros cuerpos luminosos, (pues toda luz, sea cualquiera su origen, se dispersa al atravesar el prisma y forma un espectro), se usa el aparato llamado espectroscopio, el cual reviste diversas formas y disposiciones, según el objeto particular a que se destina, pero que siempre tiene por órgano esencial, bien un prisma o una combinación de varios prismas, bien un difractor, instrumento que consiste en una pieza de vidrio o de metal, rayada por miles de surcos paralelos, que tiene la propiedad de reflejar la luz y dispersarla, formando espectros que sólo en ciertos caracteres no esenciales difieren de los ordinarios que el prisma produce. Los demás órganos que constituyen el espectroscopio están destinados unos a conducir de la mejor manera posible la luz que quiere examinarse a la hendidura que ha-

de darle paso, y desde ésta, al prisma o al difractor que ha de ocasionar su dispersión y la formación del espectro, y otros a facilitar la observación de este último.

El espectroscopio, cuando tiene por objeto el estudio de la luz de los astros, forma parte de un telescopio, a cuyo ocular va unido, y



Espectroscopio.

exige el concurso del colimador, que es ora una lente, ora un espejo, cuyo foco ha de coincidir exacta y precisamente con la hendidura por donde pasa la luz, para dirigirla, formando un haz de rayos paralelos, sobre la cara del prisma o del difractor. En el espectroscopio destinado al estudio de la luz de las llamas de cuerpos llevados al estado incandescente y luminoso, sobre el telescopio, como puede comprenderse.

El espectro solar, examinado con el espectroscopio, se presenta cruzado por miles de rayas oscuras, en muchísimo mayor número que las primeramente observadas, y están muy desigualmente repartidas por él. En algunas de sus regiones hay muy pocas; en otras, se aglomeran hasta poder apenas distinguirse la separación entre ellas.

Siguiendo el orden en que fueron sucediéndose las observaciones que condujeron paso a paso a la creación de la ciencia de la espectrología, conviene consignar las que se hicieron sobre la raya *D* de Fraunhofer (véase el grabado). Esa raya, que al principio se creyó sencilla, se vió ser doble, al examinársela con el espectroscopio, estando formada por dos muy finas, paralelas, una ligeramente más oscura que la otra, y separadas entre sí por un estrechísimo intervalo. Obsérvese que en el espectro formado por la luz solar cuando pasa, antes de llegar al prisma, por la llama de una lámpara de alcohol en que se hace arder sal común, que, como es sabido, está constituida por la combinación del cloro y el sodio, las rayas de que vengo hablando se marcan más que de ordinario, tomando un tono más oscuro, a la par que volviéndose más brillantes.

La suposición, que desde luego se ocurrió, de que había una relación misteriosa entre

esas rayas y el sodio, adquirió caracteres de completa certidumbre cuando, al multiplicarse las observaciones, y al efectuarse experimentos sobre la luz del sodio, con exclusión absoluta tanto de la luz solar como de la producida por cualquiera otra materia incandescente, se vió formarse un espectro completamente oscuro, sin colores, reducido a muy pocas rayas brillantes, entre las cuales llaman la atención dos, cuya posición coincide exactamente con las señaladas con la letra *D* por Fraunhofer. El motivo de que sean oscuras esas rayas en el espectro solar, de que se vuelvan aun más oscuras en el mismo espectro cuando la luz del Sol pasa a través de la llama del sodio, y de que se conviertan en dos rayas brillantes en el espectro formado solamente por el sodio en incandescencia, era lo que quedaba por aclarar. La explicación que después de muchísimas pruebas practicadas con otros cuerpos incandescentes, en variedad grande de circunstancias, se dió de ese hecho, es la siguiente:

Las rayas del espectro solar no son, en realidad, oscuras, sino sólo en apariencia, por efecto de su contraste con la brillantez de la región circunvecina del espectro mismo. Una parte de la luz solar que llega al lugar ocupado por las rayas es absorbida por los vapores luminosos del cuerpo en incandescencia, vapores luminosos que hay que suponer que ha atravesado la luz del Sol antes de llegar a nosotros. Si hacemos que la luz solar atraviese una vez más esos vapores, es natural que una mayor parte de ella sea absorbida, y que la oscuridad de las rayas se intensifique, al aumentar la intensidad de la causa que las produce. Pero suprimida en absoluto la luz solar que origina el espectro, y haciendo que se forme éste solamente por la llama de la materia en incandescencia, desaparecen todos los colores que lo constituyen, quedando reducido el espectro a las rayas correspondientes a la luz que de esa materia emana, pero ya no oscuras, por no ser resultado de la absorción de la luz solar por la de ese cuerpo, sino brillantes y con su color propio, por manifestarse con libertad completa.

Resumiendo lo expuesto diré que cada cuerpo, cuando se halla en el estado de incandescencia que se manifiesta en forma de vapores luminosos, produce un espectro particular y característico constituido por rayas brillantes de diversos colores en mayor o menor número, repartidas por la banda del espectro y separadas entre sí por intervalos que son otras tantas soluciones de continuidad, rayas que se tornan oscuras cuando la luz emanada de ese mismo cuerpo se interpone entre la que el Sol emite y el prisma que la recibe y descompone. El espectro del sodio consta de once rayas, entre las

cuales se señalan notablemente, como he dicho, dos anaranjadas, casi amarillas; el del calcio, por setenta y cinco; el del magnesio, por veinte; el del hidrógeno, por cinco; el del carbono, por doscientas, y el del hierro, por nada menos que cuatrocientas setenta. Todas esas rayas brillantes responden a sendas rayas oscuras del espectro solar; hecho que demuestra la existencia en la cromósfera o masa de vapores ardientes que envuelve al núcleo incandescente y luminoso del Sol, de todos los citados cuerpos en estado gaseoso. Otras muchas rayas más que no he citado y que también se advierten en el espectro solar, prueban asimismo la existencia en el Sol de otros cuerpos también aquí conocidos por las rayas brillantes que forman sus espectros cuando se les obtiene libres de la influencia de luz alguna extraña a la que emana de sus mismos vapores en estado de incandescencia luminosa. Los experimentos del sabio físico Kirchhoff, a quien debe considerarse como verdadero creador de la ciencia del análisis espectral, no dejan duda alguna sobre la certeza de la hipótesis que superficialmente acabo de exponer.

Han podido comprobarse notables diferencias entre los espectros de la luz emanada de las partes centrales del disco del Sol y de las más exteriores y distantes del núcleo de ese astro. El espectro producido por las prominencias exteriores del Sol no es continuo, como el de la luz solar ordinaria, sino formado solamente por unas cuantas rayas brillantes, entre las cuales se señalan especialmente las correspondientes al hidrógeno.

El citado Kirchhoff, Angström y otros físicos han comprobado la existencia en el Sol de 22 cuerpos conocidos terrestres; el profesor Rowland, de la Universidad de John Hopkins, de Baltimore, perteneciente al Estado de Maryland de la Unión Americana, aplicando la fotografía al examen del espectro, ha elevado a 36 ese número, si bien entre los cuerpos por él enumerados faltan el uranio y el oxígeno, que figuraban en la otra lista. Falta mucho todavía para dar por terminada la investigación de los cuerpos simples que en el Sol existen, correspondientes a los setenta y tantos que aquí conocemos. También debo consignar que la falta hasta ahora advertida de algunos, ha dado lugar a que se sospeche que no pertenecen a la categoría de los cuerpos simples, y que sólo los consideramos como tales por la ineficacia de nuestros procedimientos para descomponerlos.

Aludi líneas atrás a los ingeniosos arbitrios empleados para observar el espectro producido por las prominencias que se advierten en las regiones más externas del Sol. Al dar idea del espectroscopio he hecho referencia a las combinaciones de prismas que a veces sustituyen en ese instrumento a los prismas

simples. Precisamente en el empleo de esos prismas múltiples consiste el procedimiento aludido. Porque si se hace pasar la luz de un espectro continuo, como el solar, por una sucesión de prismas, se obtienen espectros de más en más prolongados, y de colores cada vez más apagados, por lo mismo que se extienden sobre mayores espacios; pero si el espectro que se somete a ese procedimiento no es continuo, sino formado por líneas coloreadas brillantes separadas entre sí por intervalos oscuros, aunque el espectro se extiende sobre mayor espacio, haciéndose mayores los intervalos que median entre las dichas rayas, siendo éstas monóchromas, nada pierden en intensidad ni en brillo. Al examinar la luz solar haciéndola pasar por una sucesión de prismas, los colores del espectro continuo ordinario se apagan y debilitan, mientras que las rayas brillantes que constituyen el espectro discontinuo producido por la luz de las prominencias, conservan todo su brillo, separándose unas de otras. Consiguese así ir examinando sucesivamente por partes los espectros originados por las diversas regiones del Sol y hasta por las que forman cualquiera de las protuberancias que se ven en su contorno.

La luz de la Luna y la de los planetas producen espectros iguales al solar, pero de menor intensidad. No podía suceder otra cosa, siendo la luz de todos esos cuerpos mero reflejo de la que del Sol reciben. La luz de las estrellas, siendo de distinto origen que la luz solar, tiene que manifestarse en variedad grande de espectros, tan diferentes entre sí como deben de serlo los cuerpos celestes de donde la luz procede. Sin embargo, en cuanto a los colores y a su orden en serie, presentan bastante semejanza.

Hay varios tipos de espectros estelares. Uno es el de las estrellas de luz blanca, como Sirio y Vega; otro es el de las amarillentas o anaranjadas, como Aldebarán y Arturo; otro tercero es el de las rojizas, como Antares y Betelgeusa; un cuarto tipo de espectro, poco común, es el producido por la luz de las estrellas de un color rojo muy oscuro, y otro, distinto de todos los anteriores y que sólo producen unas cien estrellas, casi todas situadas en la medianía de la Vía Láctea, fué agregado hace pocos años por Wolf y Rayet, astrónomos del Observatorio de París. Hay también estrellas cuya luz da origen a espectros especiales no clasificados en tipo alguno. Lo que sí puede establecerse como regla general, es que todos los espectros conocidos hasta ahora acusan la existencia del hidrógeno en los astros, hasta los más lejanos de nuestro sistema planetario.

LA ESPOSA DEL SOL

(NOVELA)

POR GASTÓN LEROUX

LIBRO PRIMERO

A PENAS entró el buque en la rada del Callao, cuando, aun antes de echar el ancla, fué invadido por una multitud de boteros vocingleros y tiránicos. Las escalas, las cámaras, los salones, se llenaron en un segundo de esta caterva de tunantes matriculados, como nuestros mandaderos, que tenían la pretensión de llevarse a todos los pasajeros. El tío Francisco Gaspar Ozoux (del Instituto de Francia, Academia de Inscripciones y Bellas Letras), sentado encima de sus baúles, en los que tenía perfectamente guardados todos sus documentos y los objetos gratos a su erudición, se defendió como un héroe.

En vano le dijeron que pasarían más de dos horas antes de que el vapor pudiera ser remolcado hasta el muelle de la Dársena; abrazóse a sus tesoros, jurando que por nada del mundo se separaría de ellos... En cuanto a permitir a aquellos demonios que depositasen en sus frágiles esquifes un equipaje tan precioso, era una idea que no se le podía ocurrir decentemente. La emitió un mocetón que no debía tener nada de tímido, porque no manifestó el menor terror ante la cólera que desencadenó «illico» en el irascible anciano tan audaz proposición. Raimundo Ozoux encogió tranquilamente los hombros, que hubiese envidiado un atleta, y decidió dejar a su tío en el barco para que se las arreglase allí como pudiera. El, por su parte, tenía demasiado afán por llegar cuanto antes para no saltar a un bote que, a una orden suya, se alejó a fuerza de remos hacia la orilla.

Con el corazón palpitante, Raimundo veía aproximarse poco a poco el país fabuloso, el «Eldorado» de su juvenil ambición, la tierra del oro y de las leyendas, el Perú de Pizarro y de los Incas... y de otra persona también, por lo menos para él, para Raimundo Ozoux, cuyo corazón palpitaba...

No le desilusionó el aspecto monótono de la costa. Poco le importaba que la ciudad fea, vulgar, se extendiese al nivel del mar, y que no irguiese, por sobre las olas, esas torres, esos campanarios, esos minaretes con los cuales las ciudades antiguas dan desde lejos la bienvenida a los viajeros. Cuando dejó atrás la escollera, no prestó la menor atención a las obras modernas del «Muelle de la Dársena», que hubiera podido seducir a un ingeniero recién salido de la Central... Nada de esto parecía interesarle...

LA LLEGADA DE UN PRETENDIENTE

A ruego suyo, el botero le indicó, aproximadamente, el lugar de la ciudad en donde se encontraba la calle de Lima, y la mirada

del joven no volvió a apartarse de aquel punto. Cuando desembarcó, después de haber arrojado algunos centavos al marinero, rechazó brutalmente el asalto de guías, intérpretes, mozos de hotel y demás parásitos, para correr en la dirección indicada. Pronto llegó a la calle de Lima, que parecía ser la línea divisoria entre la ciudad antigua y la moderna. En la parte de arriba, al Este, habíase agrupado el alto comercio, con sus vastos edificios, sus calles anchas y rectas, sus tiendas francesas, inglesas, italianas, alemanas y españolas, que se suceden sin interrupción. En la parte de abajo encontrábase el laberinto de las callejuelas angostas y pintorescas, los porches, las galerías que avanzan las unas hacia las otras, ocupando casi todo el espacio disponible. Raimundo penetró en este laberinto, sufriendo empujones de los chinos, ágiles portadores de pesados bultos. Algunos «ranchos», algunas tabernas frecuentadas por marineros, abrían sus puertas a la grata sombra de aquellas calles que el joven, que jamás había estado en el Callao, parecía conocer perfectamente. Apenas vaciló en una encrucijada un poco complicada. De pronto se detuvo en seco y se apoyó, algo pálido, en la caduca pared de un viejo caserón, cuyas ventanas entreabiertas dejaban llegar hasta él una voz femenina, juvenil, muy musical, pero al mismo tiempo muy firme, que decía en español a un interlocutor invisible:

—Como usted quiera, caballero; pero lo que es a ese precio, no encontrará usted más que guano fosfatado, que sólo tendrá el cuatro por ciento de ázoe, y para eso...

La discusión se prolongó en el interior de la casa durante algunos minutos, y luego hubo un cambio de cumplimientos; oyóse una puerta que se cerraba... y Raimundo, cada vez más emocionado, dió algunos pasos en dirección a la galería y adelantó la cabeza. Entonces pudo ver a una joven de una belleza singular, pero de expresión algo severa, si bien la ocupación que en aquel instante absorbía toda su atención, y que consistía en consultar unos enormes libros y en escribir rápidamente algunas cifras en un cuadernito con un precioso lapicero suspendido del talle más airoso del mundo por una cadena de oro, si bien esta ocupación, repetimos, debía influir algún tanto en el fruncimiento de las cejas, en la acentuación de las arrugas de la frente y en la dureza momentánea del perfil. Aquella mujer no tenía la languidez criolla, ni tampoco ninguno de los rasgos característicos de la belleza española, salvo sus hermosos cabellos negros. Era la cabellera de Carmen en la cabeza de Minerva, de una Minerva

de ojos azules, diosa de la sabiduría y excelente tenedora de libros. Al fin levantó lacabeza.

—¡María Teresa!

—¡Raimundo!

Dejó caer a sus pies con espantoso estrépito un voluminoso Diario verde y corrió a la ventana. Ya Raimundo cubría de besos sus manos. Y ella reía, reía... reía de felicidad al verle tan alto, tan apuesto, tan fuerte, con su hermosa barba rubia que le asemejaba a un mago de Asiria.

—¿Qué tal te va con el guano?

—No me va mal; ¿y tú?...; pero no os esperábamos hasta mañana.

—Hemos llegado con un día de adelanto.

—¿Cómo está Juanita?

—¡Oh!, mi hermana es toda una señora; acaba de tener un segundoorro.

—¿Y París?

—¡Cuando salimos de él, llovía!...

—¿Y el Sagrado Corazón?

—Como puedes comprender, no hemos vuelto desde que tú...

—¿Según parece, van a venderlo?

—¡Ay; que no sea yo lo bastante rico para comprarlo!... Si por lo menos me permitiesen reservarme el salón..., el rincón en donde Juanita y yo nos sentábamos a esperarte...

—Pero, ahora que me acuerdo: ¿y tu tío? ¿qué has hecho de él?

—¡Sigue a bordo! No quiere separarse de su colección... Continúa tomando notas con el celo de un académico que acaba de descubrir América... Pero ¿en dónde está la puerta, Dios mío, en dónde está la puerta?... No me atrevo a entrar en tu oficina por la ventana... Y, además, te molestaré...

—¡Enormemente! Da la vuelta a la esquina, la primera, puerta a la derecha... y llama antes de entrar...

El joven se precipitó, encontró un zaguán a su derecha, que daba a un inmenso patio en el que se agitaba, en medio de cierta efervescencia, todo un pueblo de «colies» chinos y de indios quichuas. Por el zaguán pasaban chirriando los camiones procedentes del puerto; algunos carros salían de vacío. Había una gran confusión de personas y de cosas en medio de una polvareda que ahogaba. Entusiasmado, el ingeniero murmuró: «Ella es quien dirige todo esto!» Y la encontró esperándole con alegre sonrisa en el umbral de su despacho.

Fué ella quien cerró la puerta. Le ofreció la frente.

—¡Bésame!

El joven la besó, temblando, en el pelo. Era la primera vez. María Teresa estaba mucho menos turbada que él. Y como el joven permaneciera de pie, con los brazos caídos, contemplándola en éxtasis, como un bobalicon, sin acertar a pronunciar una palabra, fué ella la que dijo:

—¿Me quieres?

—¡Ah!—suspiró el mozo, cruzando sus manos de boxeador.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—¿Es demasiado tarde?—exclamó el pobre Raimundo con acento de desesperación.

—No, tranquilízate. Acabo de enviar a pa-

seo a mi cuarto pretendiente, D. Alonso de Cuéllar, el mejor partido de Lima, querido Raimundo. Mi padre está furioso. Y, a propósito de mi padre, no me has preguntado por él...

—¡Oh, perdóname!... sí, sí; no te he preguntado por tu padre y por los niños... ¡No sé... no sé lo que digo!... ¡Te estoy contemplando hecho un tonto!...

—Mi padre está muy bien. Se alegra mucho de tu llegada, sobre todo de la de tu tío, porque tú, Raimundo, sólo vienes de acompañante. Sí. Se alegra mucho de dar hospitalidad a un miembro de la Academia. Desde hace un mes no habla más que de este acontecimiento en su Círculo y en la Sociedad de Geografía, de la que acaban de nombrarle secretario. ¡Oh!, papá se ocupa mucho, mucho de arqueología... En todas partes hace abrir hoyos para encontrar los huesos de nuestros antepasados... ¡Se entretiene! ¡Nos entretiene!... Nunca se ha sentido más joven ni más alegre... Cuando le conozcas mejor le querrás mucho.

—Por lo pronto dices que está furioso...

—¡Y con motivo!... ¿No tengo edad de casarme?... ¡Pronto cumpliré veintitrés años!... ¡Sí, señor!... Y ya me ha presentado cuatro pretendientes jóvenes, guapos y ricos, a los que yo he mandado a paseo... ¿Sabes cómo me llaman en Lima? «La Virgen del Sol.»

—Y eso ¿qué quiere decir?

—Mi tía Inés y la anciana Irene, que se saben de memoria todas las leyendas de este país, te lo explicarán mejor que yo. Según parece, es algo semejante a la antigua Vestal.

—María Teresa, tu noble padre, el marqués Cristóbal de la Torre, jamás aceptará por yerno a Raimundo Ozoux.

—¡No digas tonterías! Mi padre hará lo que yo quiera. Deja que yo elija el momento oportuno para confesarle todo, y no te preocupes más; eso es lo único que te pido. Nuestros amores no tendrán nada de novelescos, y dentro de tres meses nos casaremos muy prosaicamente en Santo Domingo, yo te lo aseguro.

—Pero ¡si yo no tengo un céntimo!...

—¡Tienes salud, nos queremos y yo te todo el Perú!... Aquí, un ingeniero tiene en qué ocuparse, ¿sabes? Ya verás; y sado en tus futuros trabajos. Iremos juntos a Cuzco...

—¡María Teresa!... ¡María Teresa, cuánto te quiero y cuán feliz soy al decírtelo!... ¿Por qué no hablamos de esto en París?

—Porque no lo sabíamos... Vivimos juntos, viéndonos todos los días... nos creemos buenos amigos, buenos camaradas... y luego nos separamos... y la distancia... la distancia y la ausencia nos hacen comprender que nos queremos...

—¡Oh!, yo lo sabía antes, María Teresa...

—Sí, pero yo he sido la primera en decírtelo...

Se estrecharon las manos y permanecieron así algunos instantes, en silencio...

De pronto oyóse en el patio gran algarabía y casi inmediatamente abrióse la puerta, empujada por uno de los empleados, que parecía enloquecido. Pero al ver a un extraño se detuvo y no dijo una palabra. María Teresa

le mandó hablar. Raimundo entendía perfectamente y hasta hablaba el español. Por ello se enteró de la desgracia que afligía a la casa.

—Los indios han venido de las islas. Ha habido un combate entre los indios y los chinos. Ha resultado un «coli» muerto y tres gravemente heridos.

María Teresa no manifestó ninguna emoción. Preguntó con entonación seca y dura:

—¿En dónde ha sucedido eso?... ¿En las islas del Norte?

—No, en Chincha.

—¿No estaba allí Huáscar?

—Huáscar estaba allí! Ha vuelto con ellos. Aquí está...

—¿Que entre!

EN EL QUE EL INDIO HUÁSCAR ENTRA

EN ESCENA

Salió el empleado, hizo una seña, y un arrogante indio penetró en el despacho. Por muy serena que María Teresa quisiera mostrarse, el recién llegado estaba todavía más sereno que ella. La joven se sentó ante su mesa. El indio se dirigió tranquilamente hacia ella, quitándose con noble ademán su enorme sombrero de paja. Era un indio de Trujillo, es decir, del país en el que se encuentran los indios más guapos, más altos y más robustos, y en el que todos tienen la pretensión de descender del mismísimo Manco-Capac, el primer rey de los incas. Sus hermosos cabellos negros caían hasta sus hombros, encuadrando un perfil de medalla de cobre rojo. Sus ojos, que no se apartaban de María Teresa, tenían una dulzura extraña que desde el primer momento desagradó a Raimundo. Llevaba sobre los hombros una especie de capote de colores vivos llamado «poncho». Y pendiente del cinturón, en su vaina, un cuchillo.

—Cuéntame cómo ha pasado todo—dijo severamente María Teresa sin responder al saludo del indio.

Este, no obstante su sangre fría, manifestó alguna emoción al verse recibido de aquella manera delante de un extraño, y comenzó a hablar en quichua. Pero inmediatamente la joven le rogó que hablase en español, indicándole, cada vez más secamente, que en la buena sociedad no se acostumbra a hablar delante de una tercera persona en idioma que ésta no entienda. Al recibir la lección, el indio frunció el ceño y miró un instante a Raimundo con expresión de desprecio.

—¡Espero!—dijo María Teresa—. ¡Tus indios me han asesinado a un chino!...

—El repugnante hijo de Occidente se reía de nuestros indios porque dispararon cohetes en honor del cuarto de luna.

—Yo no pago a tus indios para que se pasen la vida disparando cohetes.

—Era la fiesta del cuarto de luna.

—Sí, el cuarto... y la luna llena, y el sol, y las estrellas, y además todas las fiestas católicas. Tus indios siempre están de fiesta. Perezosos y borrachos, sólo los soportaba porque eran tus amigos; pero ahora que me matan mis más útiles servidores, ¿qué quieres que haga?

—¡Los repugnantes hijos de Occidente no son tus servidores! ¡No te aman!...

—Trabajan.

—Por una miseria... No tienen dignidad. ¡Son hijos de perros!

—Me sirven bien, y a los tuyos sólo les doy trabajo por compasión.

—¡Por compasión!

El indio repitió el vocablo como si lo escuchara. Su puño, levantando el poncho, se alzó por encima de su cabeza, en un gesto de amenaza y de desesperación, y luego volvió a caer. Encaminóse hacia la puerta, pero antes de abrir se volvió. Y desde allí dirigió a María Teresa breves frases en quichua. Mientras hablaba, sus ojos parecían lanzar llamas. Por último, se embozó en su poncho y salió.

La joven no había cesado de jugar maquinalmente con su lápiz.

—¡Buen viaje!—exclamó.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se marcha y que no le volveré a ver.

—¿Tiene un aspecto terrible!

—Se da mucha importancia. Me tiene harta. Es muy leal. Según me ha dicho, ha hecho todo lo posible por evitar la desgracia que acaba de ocurrir. Pero su gente es inaguantable. ¡Ah, esos indios, qué calamidad! ¡Un orgullo!... y no sirven para nada; de hoy en adelante sólo daré trabajo a los chinos...

—¡Vas a atraerte su odio, ten cuidado!

—¿Qué quieres que haga? Conservaba en mi casa a los indios de Huáscar, sabiendo perfectamente que no podía contar con su trabajo... pero me servían como de salvaguardia. ¡Y ahora me matan mis «colies»! ¡Que se vayan a otra parte a que los ahorquen!

—¿Y Huáscar?

—Que haga lo que quiera. Se ha criado en la casa. Adoraba a mi madre.

—Sentirá marcharse.

—¡Sí!

—¿Y no haces nada para impedirlo?

—¡No!... Pero oye, nos hemos olvidado de tu tío.

Llamó.

—¡El auto!—ordenó al criado...—¡Ah!, ¿y los indios?

—Acaban de marcharse con Huáscar.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Sin escandalizar, sin murmurar?

—Sin decir una palabra.

—¿No se han pasado por la caja?

—No... ¡Huáscar se lo había prohibido!

—¿Y los «colies» de las islas?

—¡Oh!, no han parecido por aquí...

—Pero ¿y los heridos?... ¿y el muerto?... ¿qué han hecho de ellos?

—Los chinos se los han llevado a su barrio.

—¡Raza admirable!... ¡Pronto, el auto!

Se puso una gorrita coquetona y apresuradamente se calzó los guantes. Fué ella quien empuñó el volante.

Bajaron a toda velocidad hacia el muelle de la Dársena. El joven admiraba la habilidad con que evitaba todos los obstáculos, el aplomo con que guiaba, la precisión de sus menores movimientos en un barrio en el que todo eran sorpresas. Un «boy» de librea, acu-

trucado en el estribo, no manifestaba ningún terror cuando pasaban rozando las paredes.

—¿Sales mucho en automóvil en el Perú?

—¡No!... Las calles no se prestan. El automóvil me sirve, sobre todo, en mis viajes cotidianos del Callao a Lima, adonde me voy todas las noches, como es natural. También lo empleo en algunos paseos a orillas del mar, para ir a los puertos de moda, a Ancon o a Corillos. ¡Un segundo, querido Raimundo!

Había parado dulcemente y dirigía con la mano un gracioso saludo a una carita afeminada, sonrosada y rodeada de rizos, que sonreía en una ventana, entre dos jarrones con flores. Hizo una seña, y la cabeza desapareció para reaparecer de nuevo sobre los hombros de un gallardo anciano, que ostentaba un suntuoso uniforme y asomaba por una puerta baja, tras de la cual permanecía medio escondido. María Teresa saltó al suelo y confió rápidamente un secreto a la ensortijada cabecita; después volvió a ocupar su sitio en el auto junto a Raimundo, tocó la bocina y continuó su camino.

—Acabas de ver—dijo—al «señor inspector superior», el jefe de la policía de aquí. Le he contado lo que ha ocurrido. Todo se arreglará perfectamente si los chinos no se quejan. He pasado por aquí porque tenía la seguridad de encontrarle.

—¿En dónde estaba?

—En casa de Jenny, la obrera. ¡Estamos en el país del amor, querido Raimundo!

Llegaron a tiempo al muelle. El remolcador entraba en el puerto, llevando tras sí el «paquebot» de la «Steam Pacific Navigation Company», en donde el tío Francisco seguiría seguramente tomando notas: «Al entrar en el puerto del Callao llama nuestra atención, etcétera, etc...» Debía enviar sus crónicas a un importante periódico de la noche. Le hubiese convenido oír hablar a María Teresa de «su puerto» con entusiasmo. Sesenta millones llevaba gastados una Compañía francesa...; las mercancías pasaban directamente desde el puente de los barcos a los vagones del ferrocarril... 51.500 metros. Sí, señor, un puerto de más de cincuenta mil metros cuadrados... ¡Ah, cuánto amaba al muelle de la Dársena!... Le amaba por la actividad de su comercio, por el movimiento de sus barcos, por la vida de sus muelles, en los que, dentro de algunos años, cuando estuviera terminado el canal de Panamá, se embarcarían tantas riquezas... ¡Sería como el renacimiento del Perú!... ¡La derrota de Chile!... ¡La venganza del desastre de 1878!... ¡Y San Francisco haría con ir tirando!

Raimundo la oía con estupor citar cifras como un ingeniero, calcular beneficios como un armador. Qué cabecita tan admirablemente organizada para agradarle a él, que en hombres como en mujeres aborrecía la imaginación, de la que, por lo demás, le había disgustado profundamente la literatura difusa de su tío y las quiméricas hipótesis sobre las que seguía urdiendo una Historia Universal verdaderamente soporífera.

—Todo esto sería muy hermoso—añadió la joven frunciendo el ceño—si no hicieran ma-

jaderías. ¡Pero ya empiezan otra vez con las majaderías de siempre!...

—¿Cuáles?...

—¡Las revoluciones!

Se habían apeado en el muelle y esperaban a que atracase el vapor.

—¡Ah, también aquí!—dijo Raimundo—. Hemos presenciado una en Venezuela y otra en Guayaquil. La ciudad estaba en estado de sitio. No sé qué general, que reinaba allí como señor y dueño desde hacía veinticuatro horas, se disponía a dirigirse a Quito, donde estaba bloqueado el Gobierno.

—Sí, es una especie de epidemia—observó la joven—, una epidemia que se extiende por los Andes. También en Bolivia se observa cierta agitación. Hay malas noticias del lago de Titicaca.

—¡Ah, pues no voy a poder hacer nada en Cuzco!—exclamó Raimundo, a quien parecía interesar vivamente lo que ocurría.

—Sí, no quería decirte... Te reservaba la noticia para mañana...; hoy todo debía ser alegría; pero los alrededores de Cuzco están en poder de los partidarios de García...

—¿Quién es García?

—Un antiguo pretendiente mío.

—Pero, por lo visto, todo el mundo te ha hecho el amor, María Teresa...

—Me han fastidiado más... ¡Ah, cuando llegué de París, figúrate, de París!..., en el primer baile de la presidencia, al que asistí después del luto de mamá, se me declararon todos... ¡Son insoportables estos muchachos! Ese García, que acaba de sublevar a los indios de los alrededores de Arequipa y de Cuzco, es terrible... ¡Quiere reemplazar a nuestro presidente...! Pero Veintemilla no lo consentirá.

—¿Han enviado tropas contra él?

—Sí, los dos ejércitos están en Cuzco..., pero no se batan, como es natural.

—¿Pues a qué esperan?

—Según dicen, a que pase la fiesta del «Interaymi».

—¿Qué fiesta es esa?

—La fiesta del Sol, que celebran los quichuas. ¡Esos indios, qué gente!... Figúrate que las tres cuartas partes de los ejércitos, presidencial y revolucionario, son indios sencillamente..., de modo que, amigos y enemigos, esperan la fiesta para emborracharse juntos. ¡Oh!, es de prever que García acabará por retirarse a Bolivia, pero entretanto no se venderá guano durante estos tres meses... ¡Y yo resultaré perjudicada!... ¡Hola, monsieur Ozoux! ¡Ha sido buena la travesía!...

Se dirigía a Francisco Gaspar, que desde la «chupeta» agitaba su librito de memorias para saludarla, como hubiera podido hacer con un pañuelo. Atracó el «steamer» y tendieron las pasarelas. Los jóvenes subieron a bordo. María Teresa abrazó con alegría al anciano que tan paternalmente le había servido de banquero durante su estancia en París. Y, lo mismo que su sobrino, lo primero que Francisco le preguntó fué:

—¿Qué tal le va con el guano?

(Continuará.)

ÍNDICE DE LA ACTUALIDAD

ESPAÑA. — Proclamación de concejales triunfantes en las elecciones del día 11 (jueves, 15). — Accidentes ferroviarios en Asturias y Avila (viernes, 16). — Presentación de credenciales del nuevo embajador de Francia M. Thierry. — Paro general en Almería por la supresión de exportaciones de uva (martes, 20). — Campaña pidiendo la amnistía en favor de los condenados por los sucesos del verano. — Mitin en la Casa del Pueblo de Madrid. — Huelga de envasadoras de naranjas en Valencia. — Manifestación de agricultores en León (jueves, 22). — El Gobierno autoriza una manifestación en Madrid en favor de la amnistía (viernes, 23). — Banquete político presidido por el conde de Romanones; el ex presidente del Consejo pronuncia un discurso que es muy comentado (sábado, 24). — Fallecimiento del general Echagüe. — Manifestación en favor de la amnistía. — Incendio del palacio de Medinaceli (domingo, 25). — Común a todos estos días es el malestar nacional producido por los problemas de los transportes y las subsistencias.

EXTRANJERO. — *Francia*: M. Clemenceau acepta la misión de formar Gobierno (jueves, 15). — Se constituye el Gabinete Clemenceau. — *Rusia*: Sigue la confusión de noticias y el estado anárquico. — Se habla de un armisticio propuesto por los maximalistas. — *Ecuador*: Estalla un movimiento revolucionario. — *Gran Bretaña*: Lord Northcliffe rehúsa el Ministerio de Aviación, acusando de inercia al Gobierno (viernes, 16). — *Francia*: Muere en París el escultor Augusto Rodin (sábado, 17). — *Suiza*: La muchedumbre asalta dos fábricas militares, imponiendo la suspensión de los trabajos. — *Rusia*: Parece confirmado el triunfo de los maximalistas y la derrota de Kerensky. — *Ukrania* se declara indepen-

diente. — *Brasil*: Se decreta el estado de sitio en Río Janeiro y otras capitales (domingo, 18). — *Suiza*: Siguen los disturbios en Zurich. — Té-mese la declaración de huelga general. — *Rusia*: Telegrafian de Petrogrado la probable formación de un Gobierno constituido por todos los partidos del Soviet (lunes, 19). — En Zurich son encarcelados los promotores del reciente motin. — Se espera el anuncio de paro general esta tarde (miércoles, 21). — Comunican de Zurich que el martes, 20, fué destruida por una explosión la fábrica de productos químicos Griesheimlektion. — La Federación yanqui del Trabajo se pronuncia, por 21.579 votos contra 402, en favor de la política de guerra. — Parece inevitable la guerra civil en China. — Avance de los ingleses al Sudoeste de Cambrai (jueves, 22). — *Rusia*: Se constituye Gobierno de los Soviets, dirigido por Lenin. — Se acuerda proposición de armisticio para negociar la paz. — Se dice que, en el frente, los rusos fraternizan con los alemanes. — Queda sofocada la revolución en Santiago de Chile. — Vuelve a cerrarse la frontera franco-española. — En Buenos Aires se declara la huelga total de ferroviarios (viernes, 23). — *Rusia*: En todos los ramos del Ministerio de la Guerra se suspenden los trabajos. — En varios Estados de la Siberia estallan desórdenes. — Sigue la huelga general en toda Finlandia. Son asesinados 24 propietarios. — Dicen de Amsterdam que el general Ludendoff y su Estado Mayor marchan al frente ruso con una misión secreta. — Continúa con extremada violencia la huelga ferroviaria de Buenos Aires. — Las tropas rusas abandonan la Galitzia oriental (sábado, 24). — En Washington, ante la petición de armisticio para tratar la paz separada, se considera a Rusia como potencia enemiga (domingo, 25).

CURIOSIDADES

UN MAPA COLOSAL

Los periódicos suelen dar, por cinco céntimos, además de abundante lectura, croquis en que se marcan con líneas de puntos, o gruesas rayas negras los avances de las tropas beligerantes. Son mapas al alcance de la mano, destinados a quedar inútiles al día siguiente. Pero, en los Estados Unidos, se ha hecho recientemente una carta del continente europeo, para seguir las peripecias de la guerra, en que se reproducen con minuciosidad todos los accidentes del terreno, montañas, ríos y bosques. Hállase expuesto en Chicago, ocupa una superficie de cien metros cuadrados y ha costado unos 300.000 francos.

SAN FIRMATO

No aparece este santo en los almanaques, y, sin embargo, su nombre es el que se empeñaba en poner a un hijo suyo cierto campesino abruzés que seguía con pasión los acontecimientos de la guerra en los comunicados oficiales, cuando el general Cadorna era el idolo de todos los italianos.

El buen hombre leía, al final de cada parte, las palabras Firmato Cadorna (firmado Cadorna), y creyó que aquel era el nombre de pila del general. Cedió por fin, pero no fué poco el trabajo que costó hacerle caer de su burro.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. — *Antología de prosistas castellanos*. (Junta para ampliación de Estudios. Centro de Estudios Históricos.) Imp. Clásica Española. En tela, 4,50 pesetas.

Agotada mucho tiempo hace la primera edición de esta *Antología*, publicada en 1899, el Sr. Menéndez Pidal acaba de dar a la imprenta la segunda, variada y considerablemente aumentada.

Con excesiva modestia y sencillez anuncia el autor su propósito, que no es otro que el de poner al alcance de los alumnos un libro de lectura en que se anoten las particularidades de lenguaje correspondientes a cada época y a cada autor, esbozando una sumaria historia del desarrollo de nuestra prosa. Más que esto es el libro. Dedicado a los maestros, para facilitarles la explicación de los textos elegidos, las notas tienen una precisión, una variedad, una sugestión extraordinarias.

No sólo aquello que es puramente lingüístico, sino lo literario, lo histórico, se tratan en el libro con la exactitud y de la manera sobria y completa que son condiciones naturales en el autor del estudio sobre el *Cantar de Mio Cid*. Una advertencia sobre la lengua medioeval facilita la lectura de los autores de ese período, cuya selección constituye la principal novedad de la edición que reseñamos. Diez y nueve prosistas, desde Alfonso el Sabio hasta el conde de Toreno, se incluyen en estos trozos escogidos. No es excesivo el número, y es una prueba más del sabio criterio justamente restrictivo por que se ha guiado el autor. Detiéndose en los umbrales del siglo XIX «no porque los autores modernos no deban formar parte, y muy principal, de las lecturas de clase» sino para dar tan sólo aquellos que el escolar tiene menos al alcance de la mano.

Trátase, en resumen, de un libro de vivísimo interés, perfectamente adecuado al fin que se propone, y, una vez leído, se echa de menos un libro semejante «a companion volume», como dicen los ingleses, en que se haga, con igual tino y sobriedad, la historia del desarrollo de nuestra poesía. El Sr. Menéndez Pidal prestaría un verdadero servicio a la cultura patria si lo emprendiera.

Estos sinceros elogios nos dan derecho para hacer un reparo: no nos parece bien que el Sr. Menéndez Pidal favorezca con sus libros la producción editorial ajena a los editores. En estos tiempos, en que, por inexplicable paradoja, todo el mundo hace libros cuando parece imposible que los haga nadie, debiera menos que nunca fomentarse que entidades que tienen su fin propio y que, a veces, reciben

protección del Estado invadan el terreno de una industria particular cuya prosperidad—se olvida demasiado—es esencial y previa para la de España.

HISTORIA, POLITICA

FR. PEDRO DE AGUADO. — *Historia de Santa Marta y nuevo reino de Granada*. Prólogo, notas y comentarios de J. Becker. Tomo II. 15 pesetas.

JUAN GUIXÉ. — *La nación sin alma*. Ensayos políticos sobre la crisis española. 3 pesetas.

JUAN VICENTE GONZÁLEZ. — *Biografía del general José Félix Rivas*. 5 pesetas.

JUAN ORTEGA Y RUBIO. — *Historia de América*. Tres tomos. 48 pesetas.

SIR EDWIN PEARLS. — *Life of Abdul Hamid*. Constable, Londres, 6s. net.

CHARLES WHIBLEY. — *Political portraits*. Macmillan, Londres, 7s. 6d. net.

H. NOEL WILLIAMS. — *The life and letters of Admiral Sir Charles Napier, K. C. B.* Hutchinson, Londres, 16 s. net.

AUBREY G. F. BELL. — *Portuguese portraits*. Blackwell, Oxford, 5s. net.

COMMANDANT WEIL. — *La morale politique du grand Frédéric d'après sa correspondance*. Plon-Nonvrit et C^{ie}, Paris, 12 fr. 50.

A.-L. GALEOT. — *L'avenir de la race. Le problème du peuplement en France*. Nouvelle Librairie Nationale, Paris, 4 fr.

E. DRIAULT. — *Napoléon et l'Europe: Tilsit France et Russie sous le Premier Empire. La Question de Pologne (1806-1809)*. Alcan, Paris, 10 fr.

BARUCH HAGAIN. — *Le sionisme politique et son fondateur, Théodore Herzl*. Payot et C^{ie}, Paris, 4 fr.

FRANZ CUMONT, Membre de l'Institut. — *Etudes Syriennes*. A Picard, Paris, 15 fr.

G. K. CHESTERTON. — *A Short History of England*. Chatto & Windus, Londres, 5s.

FILOSOFÍA

MANUEL G. MORENTE. — *La filosofía de Kant. Una introducción a la filosofía*. 5 pesetas.

THOMAS SHARNOL. — *Originality. A popular study of the Creative Mind*. Werner Laurie, Londres, 15s. net.

J. T. MAC CURDY. — *The Psychology of War*. Heinemann, Londres, 2s. 6d. net.

Prosas de Soren Kierkegaard. Versión castellana de A. A. Vasseur, 3,50 pesetas.

(1) En esta sección se dará cuenta de aquellas obras de que se nos remitan dos ejemplares y se analizará brevemente las de mayor interés. Se mencionará asimismo las más interesantes obras que se publiquen en el Extranjero.

BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

Los libros que componen esta serie no tienen todos un mismo carácter. Caben dentro de ella tanto la obra puramente literaria como el tratado científico o artístico. Por una sola cualidad son afines: por ser siempre obras serias, de autores que han conseguido buena reputación en sus diferentes actividades; por el interés e importancia general de los temas que se desarrollan.

En cuanto a sus condiciones materiales, estos libros realizan un tipo de volumen elegantísimo, por la selección y novedad de los elementos tipográficos, por la calidad del papel y por el tamaño. La varia indole de los tomos hace que no todos tengan un número aproximadamente igual de páginas, razón por la cual varían también los precios asignados.

PRIMEROS VOLÚMENES

AZORÍN.—*Parlamentarismo español*. Un tomo de 430 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.

P. SAVJ-LÓPEZ.—*Cervantes*. (Traducción del italiano por Antonio G. Solalinde.) Un tomo de 263 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.

G. K. CHESTERTON.—*Ortodoxia*. (Traducción del inglés por Alfonso Reyes.) Un tomo de 315 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.

RODRIGO ZÁRATE.—*España y America. (Proyecciones y problemas derivados de la guerra.)* Un tomo de 389 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ.—*Platero y yo*. Un tomo de 322 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.—*Estío*. Un tomo de 177 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.—*Sonetos espirituales*. Un tomo de 137 páginas. En rústica, 2 pesetas; en tela, 3,50 pesetas.—*Diario de un poeta recién casado*. Un tomo de 280 páginas. En rústica, 3,50 pesetas; en tela, 5 pesetas.

ACABA DE PUBLICARSE

RICARDO DE ORUETA.—*Berruguete y su obra*. (Un tomo de 351 páginas y un apéndice con 166 fotograbados. Texto en español y en francés.) En rústica, 10 pesetas; en tela, 12.

Premiada en concurso abierto por el Ateneo de Madrid, esta obra nos da el primer estudio de conjunto acerca de la personalidad del más grande escultor español del Renacimiento. Estúdiense en él las notas esenciales en el arte de Berruguete, la vida del escultor, según documentos recientemente sacados a luz, y una por una, en interesantísima serie, las obras que de él se conocen o se le atribuyen. Completan el libro una bibliografía y la reproducción, en 166 grabados, de las obras del autor y otros documentos de interés, y acompaña al texto una cuidada versión del mismo al francés, merced a la cual no se limita sólo a españoles el interés indudable de este libro. La obra del Sr. Orueta, conocido ya por su anterior libro sobre Pedro de Mena, responde a una verdadera necesidad y fija los rasgos de este gran escultor, de fisonomía netamente española.